Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

http://editores.sub.cc/

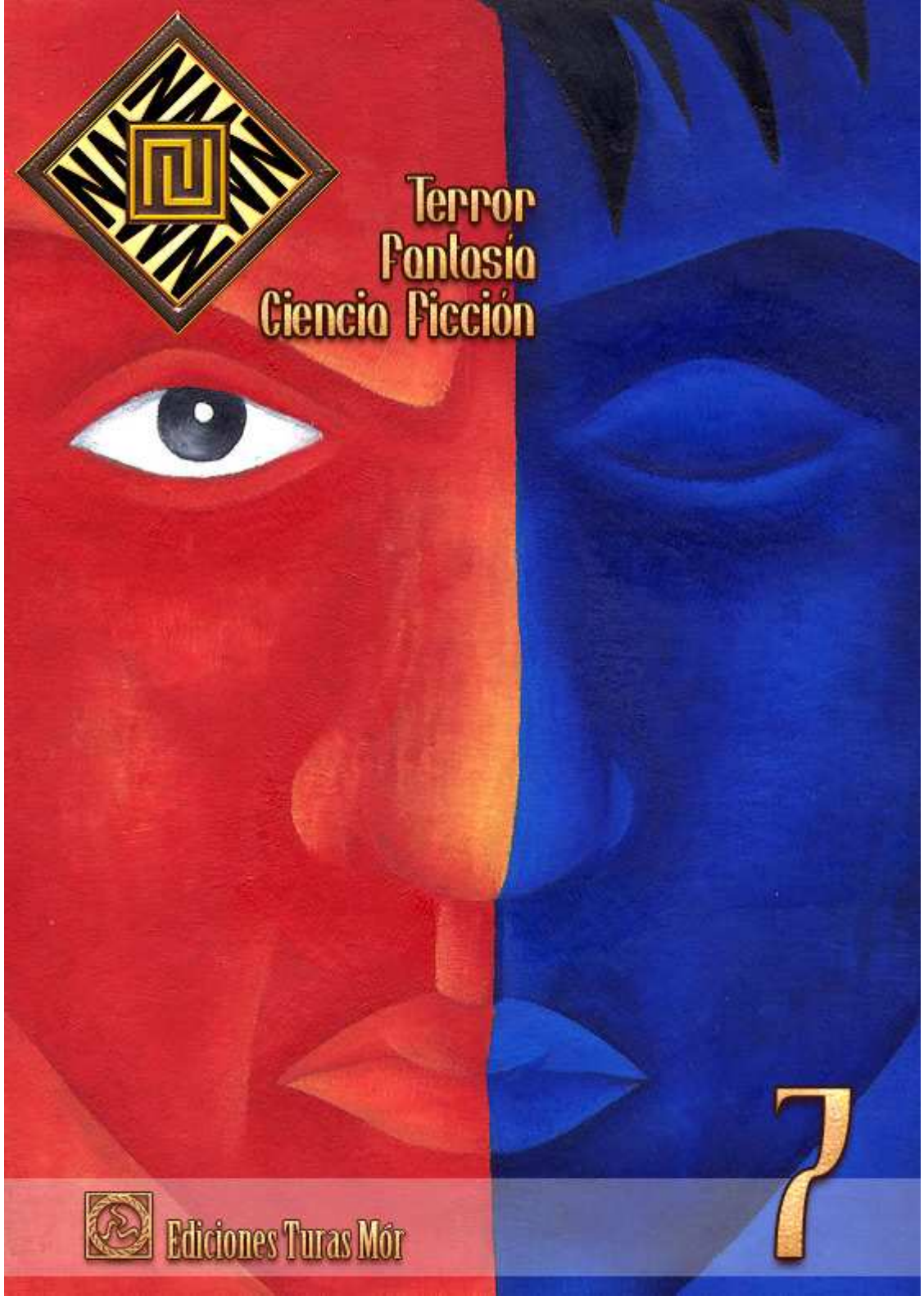
Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

http://turas.sub.cc/

Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

ESN 79938-080118-716515-50



NM nº 7 *Imbolc* 2008

La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial 3

Perturbación (JOSÉ A. GONZÁLEZ CASTRO) 5

Terraformación (PAULA I. SALMOIRAGHI) 16

Heráclito en “Blade runner”: el asomo del no ser como esperanza (JESÚS A. MORALES CASTRO) 20

El centro del tiempo (CLAUDIO BIONDINO) 23

Un viaje al ombligo del mundo (FERNANDO BONSEMBIANTE) 48

El regreso del hombre muerto (SERGIO GAUT VEL HARTMAN) 59

NM
www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
www.myspace.com/editornm

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro, dedicada a la difusiónde la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 79938-080118-716515-50

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
CLAUDIO AMOEDO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
“Bipolar” (SUE GIACOMÁN VARGAS)

—Tablas —dice el recuperado—. Avanzando en esta dirección sólo conseguiremos destrozarnos. Además —agrega componiendo un gesto que trata de pasar por confidencia— es peligroso para mí. Los circuitos podrían sobrecargarse...

—¿Te das cuenta? —se queja Malena—. Han conservado lo peor de su patrimonio: el egoísmo. Aún muerto sólo se preocupa por sí mismo. Los demás sólo existimos en función de sus intereses.

—¿Qué estás diciendo? —Luis se enfurece. Un cierto espíritu de cuerpo lo ha llevado siempre a defenderlo.— No deberías faltarle el respeto. Él... él...

—¿Qué? ¿Porque está muerto? ¿Han extirpado las fallas de su personalidad? Entiendo. Ya no está en condiciones de obligarme a abortar, como hizo cuando yo era adolescente, ¿no es cierto? Los recuperados no hacen esas cosas, ¿no es cierto, señor? —Las últimas palabras son aullidos; no le importa.

Luis extiende la mano como un pájaro furioso y abofetea a Malena. Lo ha hecho otras veces. Volvería a hacerlo. La mujer retrocede algunos pasos y busca algo en un bolso. Lo halla y lo empuña. Es una pequeña pistola. Sin vacilar y con fría determinación, aunque segura de que el hombre que regresó de la muerte no se interpondrá en el camino de la bala, dispara y acierta entre los ojos de su hermano. Aun antes de que el cuerpo termine de desplomarse, ella encara al que fue su padre, y con la mirada llena de furia le lanza la frase definitiva.

—Pueden ponerle esas lindas maquinitas que inventaron. Nadie notará la diferencia.

Pero el hombre que volvió de la muerte no parece impresionado.

—Mil gigas es tera. Mil teras es peta. Mil petas es exa. Mil exas es zetta. Mil zettas es yotta. ¿Qué es mil yottas? ¿Habrá una palabra que explique tanta información? ¿Qué te parece, Malena?

© SERGIO GAUT VEL HARTMAN, 2004.

SERGIO GAUT VEL HARTMAN
(Argentina —Buenos Aires, 1947—)

Director de la revista **Sinergia** (http://www.nuevasinergia.com.ar), continuadora electrónica del *fanzine* de los años ochenta, en 2007 fue el compilador de los libros *Desde el taller (Nueva narrativa hispanoamericana)* y *Grageas (100 cuentos breves de todo el mundo)*, para la colección “Desde la gente”, del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.

En **NM** publicó *El último viaje de Octavio* (nº 1) y *Un viaje al ayer* (nº 3). Como es difícil sacárselo de encima, seguramente ésta no va a ser su última colaboración en la revista.

cuerdo otros actos, claro, pero no son importantes. Fui un hombre severo y seguiré siéndolo. Pero ellos no parecen guardarme rencor".

—Papá —está diciendo Luis—, no sabemos cómo manejar esto; no nos prepararon para comportarnos como es debido. Malena está asustada. Yo estoy confundido. No sé qué le diré a mi mujer. Lo mantuvimos en secreto porque...

—Temían que no funcionara. Lo entiendo. —El hombre que había estado muerto trata de resolver un problema delicado. ¿Debe fingir que está vivo, que celebra el regreso o es suficiente con que pasee su imperturbable presencia por los cuartos de la casa, sin involucrarse mayormente en los asuntos cotidianos? Zarandea tímidamente los componentes electrónicos y obtiene una directiva rotunda.— Hijos: su padre ha regresado; obviemos los detalles espinosos y aceptemos el milagro. El programa es capaz de aprender. Pronto seré el de siempre. Podrán enviarme a comprar el pan y a pagar las facturas de servicios. Iré a buscar a los niños al colegio... ¿Dónde están los niños? —Siente que empieza a dominar la situación; cada vez está más seguro.— Sabrina y Mateo. ¿He acertado? ¿Son tus hijos, no? —agrega señalando a Luis—. Es bueno tener hijos. ¿Por qué no tuviste hijos, Malena?

—¡Papá, por favor! —se agita Luis.

—No, está bien. Es como si fuera de la familia —dice Malena con acre ironía—. ¿Existe una buena razón para no escarbar en la herida? No... —Había estado a punto de decir "papá".— No puedo tener hijos; soy estéril. ¿Falta ese dato en tu exquisita memoria?

—Nada es para siempre —dice el hombre que regresó de la muerte—. No hay que perder las esperanzas.

—¿Cuántas frases hechas —escupe Malena con rabia— caben en tu cerebro positrónico? ¿O es biónico?

—Malena, ¡basta ya! —Luis se sacude eléctricamente. Se asemeja a una patética criatura reanimada mediante técnicas dignas de una novela gótica. Pero sus pensamientos no guardan relación alguna con la colección de gestos que prodiga. Quizá piensa que no ha perdido del todo las posibilidades de conquistar el afecto del hombre muerto; lleva décadas intentándolo.

—Es un buen cerebro —dice el recuperado sin inmutarse—; su capacidad de almacenamiento es tan grande que pronto tendrán que inventar un nuevo prefijo. A propósito: ¿alguno de ustedes sabe cómo se designa el rango superior a tera?

—¿De qué estás hablando? —balbucea Malena, irritada, desgarrada por dentro.

—Habla de magnitudes —dice Luis. No soporta la desorganización mental de su hermana y siente que ella se precipita, infalible, hacia los abismos interiores de sí misma.

—¿Magnitudes? ¿A quién le importan las magnitudes? ¿A qué juego estamos jugando, hermanito?

Luis adopta un talante de superioridad, la arrogancia del conocedor que se enfrenta al neófito. —Es un científico. Nunca pudiste soportar el fulgor de su mente superior.

—Fue un científico, cuando estaba vivo —enfatiza Malena—. Y lo de mente superior corre por tu cuenta.

EDITORIAL

Primer ejemplar del año 2008. Crecido. Con 64 páginas, en lugar de las 56 habituales (¡ojalá se haga costumbre!), repartidas salomónicamente entre nuevos y antiguos colaboradores.

Desde el lado de los nuevos, GONZÁLEZ CASTRO nos pasea por un horror cósmico de corte lovecraftiano, BIONDINO nos transporta por el tiempo y MORALES ROJAS filosofa acerca de un clásico de RIDLEY SCOTT.

Por parte de los ya conocidos, una juvenil SALMOIRAGHI rescata un texto de tono elegíaco, BONSEMBIANTE recorre estados alterados y GAUT VEL HARTMAN nos trae reminiscencias de sus *Cuerpos descartables*.

Se siguen manteniendo las costumbres (surgidas desde el número 2) de que siempre colaboren, por lo menos, una mujer y algún autor que no sea argentino. En esta entrega, al cuento de PAULA se le suman la ilustración de GIACOMÁN VARGAS y ese toque mágico que BÁRBARA le sabe dar a las tapas. SUE y MORALES ROJAS, por su parte, son exponentes de la creatividad mexicana y GONZÁLEZ CASTRO representa el aspecto hispánico de la cultura europea.

Como se dijo en editoriales anteriores, así como resulta interesante ese carácter internacional de la nueva literatura fantástica hispanoamericana, no deja de ser un poco preocupante —en el ámbito interno— cierta falta de federalismo artístico. Estamos seguros de que no sólo se escribe y se dibuja en Buenos Aires. Los pocos autores del interior que publicaron en la revista no pueden ser los únicos.

Esperamos, no obstante, que en futuros números se vaya revirtiendo esa tendencia hasta llegar a un equilibrio, que permita pintar mejor el estado del arte en la Argentina, así como la participación de autores de las otras naciones hispanoamericanas que aún no pasaron por estas páginas.

Como novedad, la redacción de **NM** ahora está más cerca de todos. Aprovechando los servicios de las redes sociales, en www.myspace.com/editornm

se puede acceder al *blog* con las novedades de la publicación, dejar mensajes a la redacción, ver algún vídeo interesante y —para aquellos que también formen parte de la comunidad— recibir boletines informativos, compartir el calendario, participar en un eventual foro y dejar sus comentarios.

Por supuesto, están todos invitados. Disfruten de este número y nos reencontraremos en el siguiente.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.2. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF fueron generados en PDFCreator 0.9.3.

—Ellos cobraron una enorme suma de dinero —fustiga Malena retrocediendo un paso—. Crearon un programa que reproduce la voz y otro que activa los músculos. Es un títere, Luis, una marioneta; no es nuestro padre. —Retrocede otro paso, se aproxima a la puerta; quiere salir de la habitación, poner distancia, aunque sea para volver a encerrarse en su jaula dorada.

Ahora está seguro de lo que han hecho con él. Busca sin eficacia un nombre para su estado. ¿Es un hombre? No lo es, porque ha muerto. ¿Un resucitado, tal vez? Tampoco; para serlo, como el Lázaro del mito, tendría que haber operado una voluntad divina que lo devolviera a su estado anterior. Sólo han creado un programa que reproduce su voz y otro que le activa los músculos. Pero también lo proveyeron de un receptáculo en el que se agitan, como serpientes, los recuerdos compartidos con Malena y Luis, cuando eran pequeños, y también con Sara, la madre, su mujer durante tantos años. Ella no fue afortunada, como él, murió antes de que los genios de silicio pudieran convertir su cadáver en un títere, una marioneta electrónica. La voz interior, rebotando en los espejos, le obsequia una imagen deformada de lo mismo.

Aún permanece de pie, en medio de la habitación, pero se le ocurre que no sería mala idea sentarse, y se sienta. Malena regresa sobre sus pasos y también se sienta. Los hijos ya no discuten ni gesticulan. Ahora se sienta Luis y así dispuestos, en torno a la mesa, podrían pasar por tres personas corrientes que comparten una velada familiar.

—¿Te das cuenta? —dice Luis—. Ha tomado la iniciativa. Sólo será cuestión de acostumbrarse.

—Algo fallará —dice ella, recelosa, obstinada—. Se quemará una placa y lo veremos girando como un trompo, rebotando contra las paredes, meándose encima.

Luis se ríe rígidamente y hace un gesto extraño, demasiado frívolo para la ocasión. —No puede, ni eso ni lo otro, ¡tonta! Los recuperados no necesitan comer, ni dormir, ni soñar...

—¿Recuperados? ¿Ése es el nombre que les dieron? —Malena cierra los ojos y trata de conectar su mente con la del hombre que regresó de la muerte, pero sabe que ésa es la fantasía de los débiles de espíritu y la rechaza.

No obstante, el hombre que regresó de la muerte piensa que no está mal que digan que ha sido recuperado. Observa a sus hijos y entiende que también es un buen momento para una sonrisa. Sonríe. Han encontrado un nombre para su estado. No es un ser vivo, exactamente un ser humano, ni ha resucitado, pero no le cae mal considerar que convalece de la enfermedad que lo habría confinado en una tumba si no lo hubieran atiborrado de programas. Y allí seguiría, para siempre. “Un programa reproduce mi voz”, recordó, “otro activa mis músculos y un tercer programa permite que sepa que esos dos que me flanquean, con las manos juntas sobre la mesa, como en un rezo, son mis hijos. Recuerdo cuando los llevaba al parque, por ejemplo, y también recuerdo haberlos castigado una vez que me desobedecieron. Re-

ne de un largo encierro y que se dirige hacia otro, tal vez más prolongado aún.— Hubiese preferido...

—¡Silencio, querida hermana! No estropees este momento mágico con tu vulgar desaliento. —El hombre joven, bronceado y seguro de sí mismo, coloca una de las manos del anciano entre las de la mujer, que la sostiene con aprensión, casi con asco.—¿No es cierto, papá, que ya no estás muerto?

—No es una pregunta que se pueda responder con palabras —dice ella—. Tampoco esperaba volver a verlo, de todos modos; nunca creí que eso fuera a... funcionar.

—Y esto es sólo el principio —dice el hermano—, ¿por qué no estás contenta? Tendrías que estar contenta. Deberías estar tan contenta como lo estoy yo, como lo está él. —Luego, dirigiéndose al dueño de los huesos y las venas azules, agrega—: Dio resultado, papá. —Y después, regodeándose con la repetición—: Ya no estás muerto.

Pero ella grita enérgicamente. —¡Sí, está muerto! —Se pone frenética y arroja la mano que sostenía entre las propias como si se tratara de un insecto repugnante. —¿No te das cuenta? Han puesto una máquina absurda en el interior de su cuerpo, un artefacto microscópico que le permite estar parado en medio de la habitación, mirándonos como si nos conociera, como si supiera que somos sus hijos.

—Estuviste de acuerdo —protesta el joven de sonrisa fácil, pero ya no sonríe.

—Me hiciste firmar esos papeles, a la fuerza; estaba dolorida, confusa, aturdida. Se moría, pero fastidiaste hasta que los firmé. Él... esto...

Ahora está completamente despierto. Permanece de pie, en medio de la habitación. Los que gesticulan y discuten son sus hijos; eso afirman y él no está en condiciones de aceptar o rebatir nada; sólo los hechos refrendan un pasado tan perfecto como frío. Por lo visto no están de acuerdo con algo que han hecho, con alguna decisión que han tomado. No recuerda haberse quedado dormido y el abismo gris en el que se aloja la memoria no le ofrece datos adicionales. Recupera la mano que fue arrojada al vacío y ve relieves de hueso y ríos de venas azules. Acepta que es su propia mano y un impulso acude a su boca. “Está bien”, articula. No son sus mejores palabras, pero alcanzan para detenerlos en el aire, como libélulas heladas.

—¡Te lo dije! —exclama el hijo, alborozado—. Está de acuerdo con lo que hicimos.

—Lo acepta, no le queda otro remedio —replica la hija. Sus párpados caen pesadamente y la escena se nubla y descompone. No fue preparada para tolerar sin más algo tan poco natural. Pero sabe que no sueña, ni se siente atrapada por una alucinación. Está ocurriendo, en este momento, sin mesura.

—Hijos. Malena. Luis. —Ha emitido las palabras con voz cascada, pero está seguro de que son los roles y nombres adecuados.— Me siento... ¿raro? Extraño, sí, todo esto es muy extraño.

—¡Funcionó, papá! —grita Luis, eufórico—. Ellos dijeron...

PERTURBACIÓN

JOSÉ A. GONZÁLEZ CASTRO

—Como te decía, la existencia del alma y su supervivencia tras la muerte es un tema que me lleva interesando desde hace más de quince años, y he realizado un esfuerzo considerable por obtener una respuesta definitiva. De hecho, he recorrido buena parte del mundo y he recopilado abundante información sobre las mitologías de los pueblos primitivos para demostrar la realidad del alma humana. Y todo está en estos informes, que quizá algún día se conviertan en un libro. —Abelardo señaló varias carpetas repletas de papeles, que había sobre unos anaqueles.

Diego escuchaba con interés las palabras de su amigo. Estaba sentado en una butaca del siglo XIX, en un amplio salón de estilo neogótico, mientras Abelardo se apoyaba sobre el borde de la mesa de un escritorio repleto de libros, fumando en una pipa. En aquella fría tarde de noviembre, el calor del fuego de la chimenea producía una atmósfera agradable y propicia para la conversación. Afuera, el ambiente no era tan acogedor: a través de una de las ventanas de la sala se podía apreciar cómo el viento agitaba con fuerza las ramas de los árboles del jardín de la parte trasera de la casa. Al fondo, unos nubarrones negros sobre el cercano pueblo de Sant Pere amenazaban tormenta.

—Ése es un asunto harto complejo, Abelardo. Y también resbaladizo. No es que quiera desmoralizarte, pero permíteme decirte que se trata de una búsqueda inútil y no creo que vayas a encontrar ninguna prueba definitiva. Más que nada porque el Hombre, desde que tiene conciencia de sí mismo, se ha hecho la misma pregunta que a ti te preocupa. Pero en estos miles de años no ha logrado sacar nada en claro. En mi opinión, toda respuesta positiva a ese interrogante es un asunto de fe, y de superstición. Así de simple. La ciencia no puede decir nada sobre eso.

—Tú sabes que soy un hombre de ciencia, y no de fe. Sin embargo, no tengo tanta confianza en ella como para creer que tiene respuestas para

todo. Es más, pienso que en ocasiones puede ser un obstáculo para, ¿cómo diría…?, expandir nuestra mente a otras realidades.

—¿Y por qué la ciencia podría ser un problema para eso? —Diego se sirvió otra copa de una botella de *brandy* que había sobre una mesita.

—Bueno, tengo una teoría muy particular sobre el asunto. —Abelardo expulsó con lentitud una bocanada de humo blanco que envolvió parte de la habitación.— Has mencionado la palabra "superstición"; si yo ahora mismo comenzara a hablar sobre tradiciones de tribus primitivas, casi de inmediato te vendrían a la cabeza muchos prejuicios: como que eran ignorantes, atrasados, ingenuos y carentes de inteligencia. Y parece que la razón de ese recelo a las culturas arcaicas es que ellos no utilizaban la parte más evolucionada del cerebro, y que nosotros, privilegiados por pertenecer al mundo moderno y civilizado, sí usamos. Sin embargo, los "salvajes" hacían uso de otra parte de la mente que permite un acceso más directo a la naturaleza, a las emociones y a los estados alterados de conciencia. Lo mismo puede decirse de muchos indígenas del tercer mundo de hoy día. Definitivamente, creo que hemos perdido esas facultades de conectarnos con el mundo natural porque usamos las funciones racionales y lógicas, que son de orden superior, y nos hemos olvidado de la parte más visceral. Debido a ello, pienso que nos hemos atrofiado y, por tanto, no somos hombres completos del todo. Hemos puesto el énfasis en lo racional, y la ciencia ha tenido parte de culpa en que eso haya sido así.

Mientras decía estas últimas palabras, Abelardo se había dirigido hacia la ventana y ahora contemplaba, ensimismado, las gotas de lluvia, que habían comenzado a caer y se deslizaban sobre el cristal; su movimiento hipnotizaba. Un relámpago destelló con fulgor en el cielo lejano.

—Eso suena interesante. Pero tú mismo lo has dicho: eres un hombre de ciencia, y necesitarás algo más que estados extáticos y meditativos para tomar una decisión en cuanto al asunto que te preocupa… Y para terminar ese libro que estás escribiendo —apuntilló Diego.

Entonces Abelardo se volvió hacia su amigo y, con brillo en los ojos, dijo animadamente: —Deberías probar unos puros que me trajo la semana pasada un amigo desde Cuba; tienen un sabor único.

Fue hacia el escritorio y abrió un cajón, del que extrajo una pequeña caja de madera labrada a mano. La abrió y sacó un habano de su interior. Abelardo sonreía.

—Siempre has sido un incrédulo, Diego. Precisamente de pruebas quería hablarte; por eso te he hecho venir hasta aquí. Verás, te contaré una historia.

"Hace dos mil quinientos años existió en Oriente Medio una tribu nómada, los *nakunhi*, que tenían ideas muy peculiares en cuanto a la existencia y la naturaleza de la realidad. No voy a aburrirte con detalles eruditos, pero lo interesante de aquella gente es que le concedían una importancia vital a la palabra hablada. Creían que algunas de ellas, pronunciadas de la forma correcta y junto a los objetos apropiados, ejercían un po-

EL REGRESO DEL HOMBRE MUERTO

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

Despierta. Está de pie, en medio de una habitación. No recuerda haberse quedado dormido. Alza las manos y ve relieves de hueso y ríos de venas azules, pero no las reconoce como propias. ¿Debería? La habitación, en cambio, es parte de una geografía familiar; ha estado aquí tantas veces que si se lo propusiera podría llamar a cada átomo por su nombre. Pero, ¿qué importancia tiene eso? Cabalga sobre la extrañeza que le produce saber y no saber al mismo tiempo y no tarda en descubrir que ha perdido mechones de memoria, desprendidos como costras secas, como fogonazos sin brillo.

—¿Papá? Regresaste. Estás de nuevo en casa, ¡qué alegría! —El que habla es un hombre joven que ha entrado a la habitación sin hacer ruido; está bronceado por soles verdaderos, tiene la sonrisa fácil y largos cabellos rubios que le caen en cascada sobre los hombros. Se aproxima, aferra las manos como mapas, con sus ríos de venas azules y escabrosas crestas de piedra, y las aprieta con fuerza contra su pecho.— Estamos juntos de nuevo. ¿No te hace feliz?

Quisiera responder. La respuesta es no. Pero la sílaba mínima, a la vez palabra rotunda y maciza, no logra abandonar la boca. Las mandíbulas apretadas ofician de candados y el no se pierde en una ilegible conjunción de mímicas vagas. Tal vez ni siquiera importe. Regreso. Juntos. Feliz. No importa, no; realmente no importa.

Un mal disimulado sonido de engranajes aporta un elemento residual a lo que hubiera sido una explicación desafortunada. Pero está fuera de su alcance comprenderlo. ¿Ha chirriado un mecanismo dentro de su propio cuerpo? ¿Es eso? Un segundo después, una voz simétrica disuelve el eco, y el precario sistema construido se desmorona.

—¡Papá! —Una mujer de facciones rígidas, sin alegría, irrumpe en el espacio ya ocupado por los otros dos. También es joven; el corto cabello rojizo, rizado y desprolijo, expresa una insolente contrariedad. Su cuerpo, pálido y tembloroso, informa que provie-

una gran cantidad de gente esperando para hacer consultas; dentro del templo había una sacerdotisa tirada sobre un montón de almohadones y pieles, y un sacerdote de pie le hacía preguntas. Se dio cuenta de que era lo mismo que le estaba pasando a él en ese momento. De alguna manera sintió, percibió, captó, como en un sueño, que estaba en Delfos, el gran oráculo griego. Y el ánfora que descansaba al lado de la mujer acostada contenía la misma droga que él había tomado. De alguna manera empezó a sospechar que esa mujer era él mismo, pero el hipnotista eligió justo ese momento para volver a hablar y mandarlo a otro lado. Así estuvieron mucho tiempo, pero él no tenía manera de saber cuánto; su percepción temporal estaba totalmente deformada.

—Muy bien, superaste nuestras expectativas. Estamos muy contentos con vos.

La voz de Osvaldo lo sacó de la modorra posviaje. Le trajeron café y medialunas.

—Lástima que no podamos repetirlo hasta dentro de bastante tiempo. Bueno, podría inventar una explicación, como normalmente hacen mis colegas, pero la verdad es que no sabemos muy bien por qué, pero no se puede repetir la experiencia por lo menos por un año…

—¿Soy un oráculo? —le preguntó al psiquiatra.

—Hay muy poca gente que puede hacer lo que hiciste. Tampoco sabemos cuál es la diferencia. Por suerte, sabemos cómo encontrarlos. Como hicimos con vos. Pero, ahora, a descansar. Te vamos a dar un pasaje a Miami, donde vas a tomar un crucero por el Caribe, todo pago; te recomiendo que también, ya que vas a estar en la zona, vayas a Jamaica a disfrutar de su "producción agrícola". No puedo decirte esto en forma profesional, pero parece que el *cannabis* ayuda a recuperarse del estrés de este tipo de viaje. También te vamos a pagar veinte mil euros en efectivo. Sí, ya sé, es más de lo que decía el contrato; eso nos ayuda con los impuestos… Y bueno, no te vamos a molestar más… ¡Por lo menos, por un año!

© FERNANDO BONSEMBIANTE, 2007.

FERNANDO BONSEMBIANTE
(Argentina —Castelar, Buenos Aires, 1966—)

Casi un colaborador estable de **NM**, en el nº 2 publicó *Ajusten los controles para el corazón del sol*, con reminiscencias de Pink Floyd (un cuento que ofreció poco antes de la muerte de Barret) y, en el nº 4, *El criadero*, un ajustado homenaje a DICK.

der sobrenatural sobre el entorno. Por supuesto, también tenían a sus chamanes, que realizaban curaciones mágicas y ejercían de mediadores entre sus dioses y los hombres. Y, como muchos otros pueblos, también creían que el ser humano poseía un alma inmortal. Pues bien, los arqueólogos saben que algunos *nakunhi* tenían una especial devoción por un dios oscuro de nombre Kuerzat, porque creían que les había concedido un objeto sagrado. Algunos temían a este ser, pero otros lo adoraban. Ese artefacto era una extraña piedra volcánica de color verde, procedente del mundo inferior, donde residía ese dios. Poco después fue tallada en forma de lobo con las fauces abiertas, su animal totémico.

"Todo esto que te cuento no me lo estoy inventando: se han hallado varias tablillas que explican sus creencias en forma de poemas. Pues bien, ese objeto tenía un poder descomunal. Le llamaban 'la piedra de almas', porque gracias a unas palabras muy particulares, pronunciadas de manera adecuada, el alma de una persona podía ser transferida a dicha piedra. Su cuerpo moría y se descomponía como el de cualquier cadáver, pero con el tiempo esa esencia podía ser recuperada y traspasada al cuerpo de otro hombre; normalmente el nuevo destino de esa ánima cautiva era una persona a punto de morir, un enemigo prisionero. Era un medio para vivir muchas generaciones. El mecanismo era simple: imagina que el cuerpo de un *nakunhi* es ya viejo y está a las puertas de la muerte, así que toma el talismán y él —o un chamán— pronuncia las palabras adecuadas y de la forma precisa. De pronto el anciano muere, pero su alma queda atrapada en la piedra. A los pocos meses, la tribu captura a un enemigo joven y sano y, en lugar de matarlo, el chamán realiza la invocación. Entonces el alma que reside en la piedra pasa al nuevo cuerpo; y así sucesivamente, como una forma ingeniosa de reencarnarse.

—Unas creencias bastante sorprendentes. ¿Pero de veras crees que esas historias son verdaderas? —Diego miró a su colega con ojos escrutadores.— No me extrañaría nada que hoy día existieran tribus con supersticiones parecidas.

—Así es; los cazadores de cabezas de Filipinas, por ejemplo, cortan la cabeza de un enemigo justo antes de que éste muera, porque creen que así su alma quedará almacenada en ella y podrán usarla para sus propios intereses. Pero antes de responder a tu pregunta te contaré otra historia.

"En el desierto de Libia hay una tribu hereje (llamada Beni Lonoi), aún no civilizada, en la que sus miembros no son musulmanes, como la mayoría de las tribus del Sahara, y no les gusta mezclarse con gente de otros pueblos, lo que significa que sus tradiciones apenas han sufrido alteraciones ni se han visto contaminadas por las creencias de otras tribus desde hace miles de años. Ya estuve allí el año pasado y, con bastantes dificultades, logré investigar sus costumbres e integrarme con ellos, en cierta medida. En aquel lugar casi nadie habla del tema porque es tabú, pero entablé amistad con un viejo del lugar, que en estado de embriaguez me habló de

una estatuilla sagrada que en poder del jefe de la tribu. Nadie más puede verla; sólo se sabe que tiene forma de lobo y que el líder hace uso de ella como medio de ser inmortal. Le llaman "la piedra de abajo", haciendo una clara referencia al submundo, el lugar en el que creen que reside su dios. Así que, como podrás ver, las similitudes entre los *nakhuni* y esta tribu libia son asombrosas, y estoy bastante seguro de que los Beni Lonoi pueden ser descendientes directos de aquéllos.

Abelardo se sentó en el sillón que había junto a Diego y se acercó a su oído, como si no quisiera que nadie más escuchara lo que iba a decirle. A continuación, le susurró: —Lo más emocionante de todo esto, amigo, es que yo conozco las palabras exactas que hay que pronunciar. Y no me preguntes cómo he logrado saber eso, porque a veces incluso ni yo mismo sé cómo he podido llegar tan lejos. Si te soy sincero, en ocasiones creo que tengo un guía espiritual que me dirige por el camino adecuado para lograr el fin al que estoy destinado.

Abelardo se recostó en el respaldo del sillón.

—Ja, ja. Me dejas perplejo. ¿De verdad crees que todo eso va a funcionar? ¿Y qué hay de la piedra? ¿Acaso la tienes también? —Diego apenas podía creer lo que estaba oyendo, y no sabía si tomarse aquello en serio o no. Pero al ver la cara exultante de Abelardo no se atrevía a poner en duda por más tiempo, delante de él, sus extravagantes historias.

—Aún no. Pero es posible que pronto me haga con ella. Don Dinero es muy poderoso, Diego. Tengo contactos en la zona y hay gente dispuesta a sacrificar su vida por un puñado de dólares. Un día de éstos alguien robará el talismán sagrado de su escondite y yo estaré allí, muy cerca. Sólo te diré que mañana tengo un vuelo para Trípoli, y si consigo lo que quiero tú serás uno de los primeros en saberlo.

—Vale, de acuerdo. Pero cuando la piedra esté en tu poder, ¿qué te propones hacer con ella? Me refiero a que, una vez que dejes tu alma encerrada en ella, ¿en quién vas a confiar para que, en el futuro, te saque de allí?

—Buena pregunta, porque en ese futuro del que hablas puede que no exista la humanidad, o que no haya nadie que se acuerde de mí, ni le interese resucitarme. Pero recuerda que lo que me preocupa es conseguir una prueba definitiva de la existencia del alma, y no tanto así mi inmortalidad. Lo que me propongo es hacer una prueba, un experimento; pero no puedo darte más detalles por el momento.

—Eres un explorador nato, Abelardo, y espero que algún día encuentres lo que buscas; aunque ya sabes que siempre he sido bastante escéptico en esos asuntos. Pero no dudes en mantenerme informado con tus hallazgos. He de irme ya, si quiero coger el tren de las nueve.

Diego se levantó y cogió su paraguas, le deseó un buen viaje a su amigo y se despidió de él. Después salió de allí dándole vueltas a las ideas que había escuchado esa tarde. Su incredulidad hacia todo lo que tuviera que ver con las pseudociencias y las supersticiones le impedía to-

definitiva, no lo dejaron tomar drogas, café o alcohol en toda la semana. Y le hacían análisis de sangre y orina; y electro, encefalo y cardiogramas todos los días. Los médicos franceses estaban muy contentos con su salud perfecta; él se sentía como un conejillo de indias en una jaula de oro. Hasta le habían puesto una instructora de yoga bastante atractiva, para que le enseñara meditación y relajamiento.

Al fin llegó el gran día. Lo dejaron dormir hasta tarde para que estuviera bien descansado. Cuando se despertó, le dieron un buen desayuno en la cama y no lo dejaron levantarse. Pensaban hacer todo en esa misma habitación. Enseguida llegó una persona que no conocía. Se lo presentaron como un hipnotista profesional que iba a ayudarlo a entrar en la mentalidad adecuada para el nuevo viaje. Hablaron durante un rato, hasta que llegó un enfermero con todo lo necesario para conectar su brazo con un suero intravenoso. Ahí empezó a preocuparse un poco. La cosa parecía muchísimo más compleja de lo que le habían dicho; parecía que lo estaban por hacer una operación a corazón abierto, por la cantidad de preparativos y los profesionales que lo rodeaban. Pero su preocupación duró poco; la charla con el hipnotista y el té de tilo que le dieron fueron dando resultado, hasta que quedó totalmente relajado. Ahí fue cuando le conectaron el *sachet* de suero, y le pusieron la droga por la misma vía. A la hora, empezó a sentir las mismas sensaciones de la vez anterior. Pero mucho más fuertes. El hipnotista no dejaba de hablarle; decía cosas aparentemente sin importancia, y casi sin sentido. Le pareció por un momento que el tipo era un chamán o un sacerdote antiguo haciendo invocaciones. Volvió a estar dentro de la esfera autocontenida.

La habitación, el hospital, París, desaparecieron de su alrededor, y quedó sentado en algo blando que flotaba en medio de la nada, una nada nebulosa y gris. Pero esta vez había un cambio fundamental; la cara del hipnotista lo acompañaba y, cuando empezaron los desplazamientos, su voz iba con él. Esta vez veía *flashes* de escenas que aparecían y desaparecían; se movía a toda velocidad por todo el espacio-tiempo, aparentemente al azar, hasta que el hipnotista le dijo algo que lo ancló en un lugar que parecía un prado. El especialista decía algo, y él veía una escena relacionada con lo que le habían dicho y la describía con todo detalle. Así por un rato, hasta que le pareció que estaba en una especie de sesión de preguntas y respuestas. El chamán o guía le decía algo y él respondía a su pregunta.

Vio bombardeos; vio sequías, incendios, nacimientos, casamientos y muertes. Le hicieron observar máquinas y experimentos con materiales que nunca había visto. No entendía muchas de las cosas que presenció, e hizo lo imposible para describirlas. A veces no encontraba las palabras y le tenían que pedir que lo volviera a explicar, varias veces. En un descanso de su guía, juntó suficiente voluntad como para preguntarse a sí mismo qué estaba ocurriendo. Vio un templo; por la arquitectura parecía griego antiguo. Había

Estaban en un privado del bar; nadie los veía y empezaron a compartir el polvito blanco mientras trataban de explicar lo que había pasado.

—Hay dos grandes posibilidades. Una, que haya sido totalmente una alucinación. Y la otra, que realmente hayas viajado por el tiempo —dijo el experto.

—¿Y cómo podemos sacarnos la duda?

—Quisiera que la próxima vez tomes la droga en un entorno controlado.

—Controlado por vos, seguramente.

—Obvio. Quiero saber qué le sucede a tu cuerpo mientras estás en un viaje. Acordate, yo soy psiquiatra, no psicólogo. O sea, soy médico… Tengo el informe del hospital de Villa Gesell. No sirve para nada. Se limitaron a chequear el corazón, algunos reflejos… Necesitamos electroencefalograma, electrocardiograma, análisis de sangre; esas cosas…

—Bueno, dejame pensarlo. La última experiencia fue algo… intensa… Te aviso cuando esté listo…

Una semana después llamó al psiquiatra.

—Bueno, ¿cuál es tu propuesta?

—Te dije que iba a darte sorpresas, y acá tenés una. Informé a mis jefes de tus progresos. Y están contentos. Tanto, que te invitan a París.

—¿París?

—Un viaje todo pago a París, para vos. Te vamos a dar una habitación en una muy buena clínica, donde te vamos a hacer esas pruebas que hablamos. La idea es, salimos el domingo a la noche en el primer vuelo nocturno. Y empezamos las pruebas el viernes siguiente. O sea, tenés casi una semana completa para hacer turismo en París.

—Demasiado bueno para ser verdad. ¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa. No mucha, en realidad. Vas a tener que firmar algunos papeles, desligando responsabilidades, esas cosas… Si tenés el menor problema, tenés cobertura médica completa, sin cargo, pero en los papeles vas a figurar como que sos empleado de una empresa fantasma que tenemos por ahí, y que sufriste un accidente de trabajo… Bueno, ya vas a ver el contrato… dame un número, te lo paso por fax y hablamos…

El contrato no decía nada de drogas. Le pagaban por dar unas charlas en una empresa, y especificaba esas cosas de la cobertura médica. Investigó un poquito en Internet y su empleador resultó ser una consultora en medicina laboral. La empresa se encargaba de todos los asuntos legales, pasaporte, visa, permisos de trabajo, etcétera. También especificaban la paga que iba a recibir. Era muy generosa. Además de que cubrían todos sus gastos en Europa. Por lo tanto, lo pensó muy poco y aceptó la oferta.

Los días de ocio en París pasaron muy rápido. Osvaldo lo seguía muy de cerca, pero —fuera de eso— vivía en su habitación del hospital y estaba como en un buen hotel. Podía ir y venir por París, con la compañía casi permanente del psiquiatra. Se cansó de visitar museos, teatros, conciertos, pero no lo dejaban ir a *raves* o fiestas; en

márselo demasiado en serio; sí, acaso, como un pasatiempo inocente. Consideraba que su colega se había lanzado a una búsqueda inútil, del mismo modo que los buscadores del Santo Grial, unicornios, o fantasmas; esas cosas sólo procedían de la mente de gente imaginativa, retrasada o acientífica. Pero le sorprendía ver la cara radiante y el ímpetu que veía en Abelardo en relación con aquel asunto, que había llegado al punto de realizar numerosos viajes alrededor del mundo en busca de evidencias arqueológicas, religiosas y mitológicas que avalaran su tesis.

Algún día, Abelardo le llamaría para decirle que había estado siguiendo un espejismo y que, como tal, se había desvanecido; que todo había sido en balde. Pero lo que Diego recibió, un mes después de aquella tarde tormentosa no fue precisamente eso; el mensaje escrito en una carta procedente de una ciudad al sur de Libia no hizo sino provocarle intranquilidad:

"Estimado Diego:

Te escribo desde Al Awaynat, en el sur de este magnífico país. Deberías venir, al menos una vez; todo es tan maravilloso aquí: la luz tiene muchos matices difíciles de apreciar en nuestra región de Cataluña.

Cuando llegué, las expectativas en cuanto a obtener la piedra de almas eran bastante prometedoras. Creo que la vida a menudo nos ofrece oportunidades singulares que debemos aprovechar, porque es posible que nunca más se nos vuelvan a presentar en la vida. Y sería una verdadera pena no atraparlas cuando aparecen. Es como un tren que pasa muy de vez en cuando por una estación; si uno no está atento, pasará de largo. Yo puedo decir que no ha sido así en mi caso. Estos últimos días han sido realmente extraordinarios y emocionantes, y ahora me siento joven y pletórico de energía como un chiquillo, amigo mío. Siento ese familiar cosquilleo que me recorre la columna vertebral hasta la coronilla, como cuando te preparas para acudir a tu primera cita con la chica que te gusta. Porque, sí, todo fue según lo acordado y por fin he conseguido el ansiado talismán. Apenas puedo creerlo, pero aquí lo tengo, delante de mí mientras escribo esta carta, y envuelto con cuidado para el viaje de regreso.

Es muy posible que el sueño de mi vida termine por cumplirse en pocos días. Mañana tengo previsto dirigirme a otro lugar, aunque en estos momentos me siento tan impaciente por volver y realizar el ritual como un niño a la espera de recibir los regalos de Navidad. Algo en mi interior me dice que todo saldrá bien (ya sabes, esa especie de guía espiritual que me acompaña y me dirige).

Pero quiero hacer las cosas bien y no precipitarme; demasiados proyectos humanos se han ido al traste por no tomar las de-

bidas precauciones. Como comprenderás, temo por mi vida y he de salir rápido de aquí. Un objeto tan sagrado para un pueblo no puede pasar inadvertido ni olvidarse de la noche a la mañana; ni aquí ni siquiera en mi casa. Quizá te parezca demasiado alarmista; a fin de cuentas —pensarás— sólo se trata de una tribu perdida en el desierto y sin apenas contactos con la civilización. Pero tengo motivos para creer que hay peligros acechando: incluso existe una maldición dirigida a quien toque la piedra sin ser purificado. Así que no apareceré por mi domicilio en un tiempo.

Realizaré el ritual en la casa de la colina que tú ya conoces; y qué momento más propicio para ello que la noche de la luna llena del día veinte del próximo mes, después de las doce, cuando el Sol ilumina el país de los muertos. Para cuando hayas recibido esta carta quedarán sólo unos pocos días, por lo que, si no tienes previsto nada urgente para entonces, me encantaría que estuvieras allí. Así que te estaré esperando. Acércate por el lugar, sin ser visto, sobre las doce.

Si algo grave llegara a pasarme, te rogaría que te encargaras del material que tanto me ha costado elaborar. Ya sabes dónde lo tengo escondido.

Un abrazo,

Abelardo Ferrer".

Diego estaba perplejo por lo que acababa de leer; apenas podía creer que Abelardo —o alguien bajo sus órdenes— hubiera robado la piedra y que estuviera a punto de celebrar un ritual que le devolvería poco menos que la inmortalidad. O eso era al menos lo que él creía. Pero lo que a Diego le preocupaba era el peligro a que se había expuesto su amigo con semejante ultraje; una afrenta a una tribu salvaje cuyos miembros no dudarían ni un segundo en matar a cualquiera que se atreviera a perturbar sus creencias sagradas. Sus palabras alarmantes sobre su seguridad le producían cierta preocupación; sobre todo la última frase de la carta, por la forma tan clara en que hacía referencia a la posibilidad de su muerte.

Sólo quedaban tres días para el ritual, que se celebraría en una casa de madera situada en una colina rodeada de árboles, al oeste de Gerona. Allí Abelardo solía pasar algunos días de verano pescando en el río Ter. Diego también había estado en alguna que otra ocasión, y lo que más le atraía del lugar era el imponente paisaje de bosques caducifolios y valles abruptos que se divisaban desde la loma.

Diego no paraba de darle vueltas a la cabeza sobre lo que se proponía hacer Abelardo con aquel talismán. ¿Cómo se supone que haría regresar a su alma de su interior, si para entonces ya estaría muerto? Él no tenía ni el más mínimo interés por asistir a alguna clase de ceremonial supersticioso, sesión de espiritismo, o de curación psíquica, propios de los pueblos atrasados. Por un instante desechó la idea de aparecer por allí, por tratarse de una pérdida de tiempo, pero después

tado en una roca grande, todo lo que lo rodeaba eran piedras puntiagudas y filosas, hasta el borde del mar. Y el agua verde, casi fosforescente, le pareció viscosa y pegajosa. No lo comprobó, porque no tenía voluntad para levantarse a tocarla. Esta vez se sentía distinto a la anterior. En aquella ocasión había salido y caminado; ahora parecía como clavado en su lugar. Todo lo que podía hacer era fijar su atención en el mar y ver cómo se movía hacia adentro y hacia afuera. De alguna manera, notó pequeños animalitos nadando en esa sopa espesa. Sabía que esos seres eran casi microscópicos, pero no le sorprendió poder distinguirlos. El color verde del agua se debía a que estaba llena de pequeñísimas plantas o algas flotando. También invisibles al ojo, pero no al suyo. Se sentía infinitamente pequeño; otro ser unicelular más en el océano primitivo. Se dio cuenta de que eso era posible. Si antes se había desplazado en el tiempo, ahora podía estar presenciando el origen de la vida en la Tierra. Miró el cielo para tratar de ubicarse en el tiempo, pero no pudo ver nada por la bruma o esfera nublada que lo rodeaba. De todas maneras, sus conocimientos en astronomía no eran suficientes para sacar una conclusión, aunque hubiese podido ver las estrellas. Se limitó a observar lo que pasaba.

Los animalitos microscópicos se alimentaban de las algas. Uno de ellos, de repente, empezó a comerse a otro ya muerto y parcialmente desintegrado. Al rato otros de esos seres empezaron a imitarlo, buscando los restos de sus iguales. Hasta que uno de ellos, más grande que los demás, comenzó a atacar a los animalitos indefensos y a devorarlos. Ese mismo bicho se dividió enseguida, y su descendencia heredó su predisposición a alimentarse de otras criaturas. Se dio cuenta de que la escala temporal era rara. Estos eventos debían durar siglos; estaba presenciando la evolución de la vida, a una velocidad anormal.

—Al fin te despertaste.

Abrió los ojos y vio a su amigo sentado en un almohadón, al lado del colchón en el piso que era su cama. Estaba de nuevo en la trastienda del bar.

—Te fui a buscar a la playa y te encontré sentado y con los ojos fijos en el mar. No te movías. Te llevé al hospital y me dijeron que no tenías nada, que te dejara dormir hasta que se te pasara.

—¿Cuánto tiempo estuve así?

—Yo fui a buscarte a las 5 de la tarde; ahora son las 9 de la noche…

—O sea, ¿estuve unas doce horas… digamos… en el estado en que me encontraste?

Había quedado en encontrarse con el psiquiatra a las 11 de la noche en un bar de Pinamar. Esta vez vestía de modo más conservador. Daba casi una imagen de seriedad científica. Hablaron un rato de ese extraño viaje a la prehistoria. Osvaldo el psiquiatra se limitó a escuchar y a grabar el informe en un *pen-drive*, mientras tomaba vino. Sin previo aviso, sacó de su bolsillo un envoltorio plateado y echó una buena cantidad de cocaína en un plato.

—¿Querés? —ofreció.

za, y sin el psiquiatra. Así que se tomó un micro y se fue a Villa Gesell. Ahí podía quedarse en la trastienda del bar de un amigo; era temporada baja y el bar abría solamente los fines de semana. Iba a estar tranquilo y su amigo podía controlar lo que le pasaba durante la sesión. Las instrucciones habían sido consumir todo junto el contenido del frasco. Era casi el doble de lo que recordaba haber tomado la otra vez. Lo que podía significar dos cosas: o una experiencia más larga, o más potente. O las dos cosas a la vez.

Esta vez eligió usar la droga a la mañana. Llegó a la playa temprano; todavía estaban los pescadores con sus cañas y las piernas metidas en el agua fría del mar. Soplaba un viento suave y húmedo; todavía no había llegado la primavera y la playa iba a estar desierta todo el día. Sentía cómo sus brazos se iban mojando de a poco, por la bruma que levantaba el viento en el mar, y también por las nubes grises que cubrían el cielo; caían unas pequeñas y casi invisibles gotas de agua. Miró el horizonte y no pudo verlo porque el mar y el cielo parecían una sola cosa a la distancia. Algunos barcos se distinguían a lo lejos; pequeñas manchas de color en la oscuridad blanco y negro del agua. De repente oyó una sirena de uno de ellos; el reloj marcaba exactamente las 10 de la mañana. Como si hubieran estado esperando esa señal, escuchó a su alrededor los graznidos de docenas de aves marinas que salían en vuelo en busca de comida. Los pescadores también empezaron a los gritos; quizá querían evitar la competencia por el pescado con los ruidosos animales voladores. El escándalo dio resultado, porque pronto se sintió rodeado por el sonido de aleteo; él era la única persona en silencio en la playa en ese momento, y las aves querían encontrar alguien que las alimentara, antes que salir a ganarse el pescado con su propio esfuerzo.

Apenas consiguió algo de paz, sacó la botellita con el líquido mágico y se lo tomó de golpe. Todavía tenía una espera de por lo menos una hora de normalidad antes de empezar a sentir los efectos. Caminó hasta el primer parador que encontró y pidió un segundo desayuno. Cuando pagó a la camarera, ya estaba sintiéndose un poco raro. Entonces decidió ir a la playa, buscar un lugar solitario y sentarse a observar el mar mientras esperaba que la sustancia tomara control de su cerebro. No fue por mucho tiempo. Mientras miraba el agua, empezó a notarla cada vez más verdosa. No podía sacar sus ojos de las olas, la línea donde chocaban con la arena y eran absorbidas. Otro cambio se produjo frente a él: la arena dejó de ser un piso suave; podía ver los granos uno por uno, cada vez más grandes, hasta que la playa terminó siendo un montón de piedras. Notó a su alrededor una niebla que lo rodeaba, espesa, que no le dejaba ver más allá de unos pocos metros. Reconoció lo que ya había visto en su experiencia anterior. Era la famosa esfera autocontenida. Pero esta vez no se movía. O quizá sí. Prestó más atención y realmente lo rodeaban los cambios. Sen-

pensó que lo más prudente sería estar presente; más que nada por un cierto temor a la integridad física y psíquica de su amigo. Si por algún motivo entraba en trance y perdía el contacto con la realidad, de encontrarse allí solo podría hacerse daño. Aparte de que, según dejaba entrever en su carta, tenía sospechas de que pudieran estar siguiéndole la pista. Pero sobre todo, iría porque se lo había pedido.

El día señalado resultó ser frío y neblinoso, y la temperatura continuó descendiendo a medida que se acercaba el crepúsculo. El camino, largo y sinuoso, transcurría por una carretera solitaria rodeada de montañas. Si no sucedía ningún imprevisto, podía hacerse en poco más de dos horas. La luz de la luna llena llegaba hasta el suelo de forma difusa, tras filtrarse a través de las espesas capas de niebla; una atmósfera silenciosa y fantasmal se cernía sobre el paisaje por el que circulaba Diego esa noche.

Realizaba el recorrido en su mente, una y otra vez: después de pasar por la posada del desfiladero, había que girar a la derecha por un camino de grava, y continuar derecho durante media hora. Y, al pasar el lago de las nieves, girar a la izquierda en la intersección, por el camino de la catalpa; hasta llegar a la cima de la colina, donde estaría Abelardo, esperándole.

Pero, cuando no había transcurrido ni la mitad del camino, ocurrió una eventualidad que puso nervioso a Diego; el coche comenzó a bambolearse de manera rítmica y entonces temió lo peor. Apartó el coche en el andén y bajó de él para contemplar cómo la rueda trasera estaba pinchada. Sin apenas luz, sólo con una linterna de mano, tenía que arreglárselas con rapidez, si no quería llegar tarde. Para colmo, una vez que reanudó el camino, la espesa niebla le impedía ver los puntos de referencia para poder tomar los desvíos adecuados y llegar a su destino. Miró su reloj: eran las doce y media y aún le quedaba un buen trecho.

Una hora más tarde llegaba por fin a su destino. La niebla se había disipado en buena parte, y allí, junto a la casa, estaba el coche de Abelardo. “Al menos aún no se ha ido”, se dijo con alivio. Se dirigía —con paso ágil y la linterna en la mano— hacia la vivienda, cuando de pronto se sobresaltó al observar una sombra que se deslizaba, fugaz, por la parte lateral de la casa. Diego se detuvo y alumbró hacia lo que, en un principio, identificó como una persona; pero aquello ya se había esfumado entre la maleza. Había algo extraño en esa silueta que le inquietó en sumo grado, puesto que percibió algo no humano en lo que había visto.

—Abelardo, ¿eres tú? —preguntó en voz alta y temblorosa, mas no recibió ninguna respuesta. Extrañado, Diego insistió varias veces más, pero sin éxito ninguno. Entonces observó que la puerta de entrada a la vivienda estaba abierta de par en par. Vacilante, entró y la cerró tras de sí. Volvió a llamar a su amigo, pero tampoco hubo contestación.

La casa era amplia pero bastante simple: de una sola planta, tenía una sala principal, cocina, cuarto de baño

y dos habitaciones. No disponía de luz eléctrica, así que no le sorprendió ver que la sala estuviera débilmente iluminada; sólo un par de velas arrojaban unas sombras trémulas sobre los objetos. En ella había una mesa larga, un sofá, tres sillas, una estantería con libros y varias antigüedades dispersadas por el suelo. También observó que Abelardo había esparcido en el piso un gran círculo de sal, como característica forma de protección en los ritos de magia negra.

No había duda de que Abelardo había dado comienzo al ritual sin él, aunque presentía que algo no había ido bien. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué había una silla volcada y líquido derramado en el suelo? Y ese olor desagradable, ¿de dónde procedía?

De una de las habitaciones del fondo surgía una luz tenue; la puerta estaba abierta, así que Diego fue hacia allí. Comenzó a sentir un vago desasosiego porque intuía que su amigo se hallaba en aquel lugar y le había ocurrido algo, pero nunca imaginó lo que encontraría; lo que vio en su interior le llenó de horror: el cuerpo de Abelardo estaba tendido sobre el suelo, junto a una mesita, boca abajo y rodeado de un enorme charco de sangre. Podía verse una profunda herida en la parte baja de la espalda que, con toda probabilidad, le produjo la muerte. Diego se acercó con rapidez a él y le buscó el pulso en vano, pues ya estaba muerto. Los temores y las sospechas que tanto le habían preocupado se habían convertido en un terrible presagio de su muerte, que ahora se había cumplido de manera brutal. Diego pensó que alguien relacionado con la tribu africana había estado siguiéndole de cerca, posiblemente porque habría tenido acceso a la carta de su amigo, en la que indicaba aquel lugar. Diego se encontraba abatido y no hacía sino preguntarse qué era lo que había pasado allí esa noche.

Su atención se dirigió hacia la superficie de la mesita, sobre la que había una lámpara de aceite, una jeringuilla y unos folios amarillentos escritos a lápiz, con la letra de Abelardo. Antes de morir, éste había podido dejar un mensaje, y el destinatario era el propio Diego. El corazón comenzó a latirle aceleradamente por la excitación. Intrigado y con avidez (puesto que aquello podía explicar parte de lo acontecido), cogió las hojas, pero tuvo enormes dificultades para entender las letras, que habían sido realizadas de forma apresurada, en la agonía de la muerte y en medio de terribles dolores. Las palabras que resultaban legibles decían lo siguiente:

"Para Diego Borrell.

¿Por qué no has venido? No tuve más remedio que comenzar la sesión, apremiado por las circunstancias y mi natural impaciencia. Pero ¡maldita sea mi suerte! Las cosas se han torcido de una manera que no pude prever. Y es que lo tenía todo planeado…

Una vez me preguntaste qué es lo que tenía previsto hacer una vez que tuviera en mi poder la piedra de almas; y yo te dije que no podía darte detalles. Pero la verdadera razón por la que no te hablé de ello fue porque,

encontrarse con la prima de Gustavo; buscó un lugar silencioso y permaneció ahí, escuchando la suave música funcional.

Al rato llegó ella; estaba acompañada por un tipo vestido en forma llamativa, con un chaleco de seda rojo, y pantalones que hacían juego. Se veía un poco ridículo, considerando que era un miércoles por la mañana; en realidad, mirándolo bien, parecía que venía directamente de una fiesta. Y así era.

—Cristina me dice que tuviste la experiencia de la esfera autocontenida —empezó sin ningún tipo de presentación o preámbulo.

—¿"La experiencia de la esfera autocontenida"? ¿Es algo normal que pasa con esta droga?

—No tanto. Sólo un pequeño porcentaje de los sujetos experimentales tiene ese tipo de viaje. La mayoría tiene alucinaciones diversas sin mucho sentido, como un sueño. Otros simplemente perciben su entorno, pero deformado; por ejemplo, distorsión temporal y esas cosas. Otros tienen un resultado parcial; la sensación de estar solos en el universo, rodeados de niebla. Esa experiencia suele ser muy estresante. Pero un pequeño grupo consigue desplazarse con esa esfera, ir a otros lugares y otros tiempos.

Se quedó un rato pensando en lo que le decía este ser extravagante, vestido como un bailantero pero que hablaba como un catedrático.

—Mirá, te voy a ser extremadamente sincero. Yo trabajo para la empresa que desarrolló la droga. Atrás hay gente que quiere permanecer en el anonimato, que está pagando por esta investigación. Yo en realidad soy psiquiatra. Estudié en Francia. Me están pagando para hacer esta investigación y necesito sujetos como vos. Quienes puedan tener este tipo de experiencia, como la que vos tuviste. No hay muchos.

—Pero, ¿cómo los encuentran?

—Vos nos encontraste. La llamaste a Cristina para pedir más droga. En realidad, no debería contarte esto. Pero necesito ganarme tu confianza, así que te voy a decir algo que me puede meter en problemas, potencialmente… Estamos dándole la droga a gente en *raves*, fiestas tipo Goa, ese tipo de evento; creo que vos los conocés. Y después hacemos un relevamiento para detectar qué tipo de experiencia tuvieron. Podríamos poner un aviso en el diario buscando voluntarios, pero como lo que hacemos no es "totalmente legal", y además queremos gente con experiencia en otro tipo de drogas… Bueno, me entendés. Mejor hacerlo así y, además, es más divertido…

Salió de la reunión con un frasquito de la droga, cien dólares en efectivo y una tarjeta con el teléfono del psiquiatra. Le habían dado la opción de repetir la experiencia a su gusto, presentando un informe después, o de llamar a Osvaldo, el psiquiatra, para que lo supervisara personalmente. El dinero le venía muy bien y le prometieron más: cien dólares por cada vez que probara la droga, más premios. No habían aclarado de qué se trataban los premios. Decidió hacerlo solo, o más bien con gente de confian-

llegado. A las tres de la madrugada. No había tenido tiempo para hacer todo lo que recordaba haber hecho el día anterior.

Llamó por teléfono a Gustavo.

—Hola, ¿que tal? Quería disculparme por haberme ido tan de repente, no pude ver a la banda…

—¿De qué hablás? Ya te dije que habías tomado demasiado de esa droga que te di. Te quedaste hasta las dos. Eso sí, te perdiste la fiesta que hubo después. ¡Había cada perra…! Pero no creo que estuvieses como para aprovecharlas. Parecías un zombi; yo te hablaba y vos no me respondías. Mirando fijamente al escenario. Incluso cuando no había nadie en él…

Gustavo, con su acostumbrada locuacidad, no paraba de hablar. Mientras tanto él pensaba qué había pasado esa noche. Quizá lo de la conferencia fue sólo un sueño o una alucinación. Eso debía ser.

La mejor manera de sacarse la duda sería hablar con su ex profesor o con alguien que hubiera estado en la conferencia. Pero era difícil que lo recordaran. No había conversado con nadie; ni siquiera había saludado de lejos al físico. Una breve investigación por Internet, sin embargo, le reveló su correo electrónico. Le escribió y en pocos minutos ya tenía la respuesta. “Sí, te vi de lejos. Me extrañó que no me saludaras, pero yo me sentía muy tenso con la conferencia y no quise perder concentración hablándote. Igualmente, se te notaba raro. No sé qué exactamente, pero algo raro tenías”. Y, además, la conferencia había sido definitivamente a la misma hora en que él estaba en la fábrica abandonada, esperando a que empezara el *show*, y tomando esa extraña droga.

Dos semanas después aún seguía intrigado por los hechos o alucinaciones de ese sábado a la noche. Todas las evidencias apuntaban a que había estado en dos lugares al mismo tiempo. Obviamente, era imposible. Pero la única opción para sacarse la duda era volver a tomar la rara sustancia, ese tal LSD 19. Pero Gustavo no tenía más. Ya se la había tomado toda, con sus compañeros de banda. Y ninguno se atrevió a ingerir ni la cuarta parte de la dosis que él usó. Justamente porque lo habían visto a él en ese estado de zombi, catatónico, y no les pareció divertido; así que todos consumieron dosis pequeñas, en una fiesta, y se terminaron el frasquito. Por lo tanto, no tenía a nadie que hubiera pasado por su misma experiencia, por esa burbuja autocontenida de realidad. La única opción que tenía era ir a buscar a la prima de Gustavo, quien trajo la droga de Europa.

Ese día amaneció nublado y húmedo. El aire estaba fresco y ventoso; el cielo gris y parecía que en cualquier momento llovía. Fue caminando por la plaza Francia, mirando el pastito verde y los chicos vestidos con su guardapolvo blanco de colegio, jugando. En esa parte de la plaza no se oían casi los autos, sino más bien los pajaritos y los gritos de los niños en el trampolín. Llegó al *shopping* y se sentó en el café donde había quedado

de habértelo contado, habrías pensado de mí que era la persona más ruin e inhumana de la faz de la tierra. Aunque ahora poco importa que sepas toda la verdad, porque para cuando recibas este mensaje, yo ya estaré muerto.

Quise hacer un experimento, ya lo sabes. El cadáver que hay junto a la puerta de este cuarto pertenece a Munhahim, un muchacho que compré en Al Awaynat. No podía transferir mi alma a la piedra porque entonces mi cuerpo habría muerto y tampoco podía arriesgarme a que alguien me trajera de nuevo a la vida, en otro organismo. Así que, por precaución, realicé el conjuro para extraer el alma que residía en la piedra (si es que había alguna), pero dirigida hacia el muchacho. Por supuesto, yo no podía saber lo que había allí dentro. Créeme, Diego, ¡nadie podría haber sabido lo que se escondía en el interior de esa imagen! Pero yo lo vi; sí, yo vi con mis propios ojos algo que no pertenecía a este mundo.

Después de decir la última palabra del rito, un vapor grisáceo comenzó a salir de la boca del talismán; ese talismán en forma de lobo, con unos ojos que comenzaron a brillar con el color de la sangre, y que expulsó de su boca una humareda demoníaca. No sé si todo se debió a la maldición que existía sobre el fetiche, pero el caso es que el humo fue tomando forma humana. Ahora entiendo por qué lo esculpieron con la boca abierta: tiene la actitud, tanto de tragarse el alma, como de vomitarla. El muchacho comenzó a gritar, aterrorizado, y quiso salir de aquí. Pero no tenía ninguna escapatoria, porque antes yo había cerrado la puerta con llave, en previsión de algo semejante.

Poco después esa nube penetró en el joven por sus fosas nasales; y, a continuación, comenzó una transformación espantosa: entre otras cosas difíciles de explicar, su cara comenzó a envejecer de una manera atroz, en medio de espasmos y convulsiones. Pobre chico. Cualquier persona con cierto grado de humanidad le hubiera pegado un tiro allí mismo, al ver el sufrimiento insoportable que estaba padeciendo. Pero yo estaba dominado por el ansia de conocimiento. Al poco tiempo, aquello se convirtió en un ser al que no sabría cómo definir, porque no era similar en forma alguna a ninguna criatura conocida. Quizá —por decir algo— a un lobo, por la forma de la mandíbula y sus dientes prominentes.

Lo que sé es que, para entonces, el chico ya no gritaba; adquirió una fuerza sobrehumana y se volvió violento, muy violento. Me agarró por un brazo y me arrojó sobre una silla, con la misma facilidad con que se lanza un saco de plumas. Sabía que aquel ser horrendo estaba dispuesto a matarme, pues incluso me dijo, con una voz horrible, que había venido desde el mundo de abajo

para llevarme con él. Yo quedé aturdido con la caída, y ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado a mí. Sólo sentí un doloroso desgarro en el costado, y al instante supe que estaba en las últimas porque me percaté de que me había arrancado un trozo de carne.

Sangrando y todo lo aprisa que pude, cogí la piedra y me atrincheré en este cuarto, aunque sabía que no podría resistir por mucho tiempo. Ese demonio comenzó a dar fuertes golpes en la puerta, pero pude contener el dolor durante unos segundos e invocar el hechizo para hacerlo retornar al lugar de donde procedía. Poco después cesaron los porrazos, y esperé un rato. Al ver que sólo había silencio, abrí la puerta y, en efecto, ahí estaba el cuerpo del muchacho, tal y como lo había traído desde su país, tendido en el suelo. La figura horrible había desaparecido por completo. Creo que está muerto y que no volverá a hacer daño a nadie más.

Y aquí estoy, desangrándome poco a poco pero sabiendo que al fin obtuve la prueba definitiva de lo que estaba buscando: la existencia del alma o, al menos, de los espíritus demoníacos. Aunque he aprendido, tarde ya, que no se puede jugar con fuego. Afortunadamente tenía guardada en la casa una dosis de morfina que ha podido aliviarme el sufrimiento lo suficiente como para escribir estas palabras.

¡Corre, quémalo todo y aléjate de aquí! No te pido nada más, Diego. Y destruye también lo que acumulé sobre este terrible…".

En este punto terminaba el mensaje, cuando Abelardo debió de caer al suelo, desmayado por la pérdida de sangre.

Diego estaba estupefacto y aterrorizado con lo que había leído. Sus manos, que sostenían las hojas escritas, aún temblaban. Y entonces, unas preguntas angustiosas le rondaron la mente: ¿quién había abierto la puerta principal? ¿Y de qué cadáver, junto a la habitación, hablaba Abelardo? ¡Allí no había nada! Sólo un líquido putrefacto derramado en el suelo, en el lugar en que se suponía que estaba el cuerpo yaciente del muchacho. Pero, al pensar en ello, un estremecimiento le invadió por completo al recordar la extraña figura que había visto entre las sombras hacía un momento, y se le pasó por la cabeza algo que intentó desechar por todos lo medios. La horrible perspectiva de que aquella silueta deforme con rasgos de bestia pudiera ser el joven Munhahim, poseído de nuevo y vuelto a la vida por algo semejante a un demonio, le provocó una gran angustia y desazón. Pero más, sobre todo, que pudiera estar rondando cerca.

Sumido en estos pensamientos y sensaciones, algo atrajo su interés: en una oscura esquina de la habitación, tumbado en el suelo, se encontraba un objeto en forma de animal feroz. Se acercó para verlo mejor y sintió cómo se le helaba la sangre al descubrir que,

lo rodeaba, justo lo suficiente como para orientarse. Reconoció la estación de Caballito. Ahí cerca era, o había sido, la charla sobre física cuántica. Bajó del tren y salió del andén.

Después de recorrer algunas cuadras de la avenida Rivadavia, recordó que le decían la calle más larga del mundo. Eso le parecía evidente. Ir a pie desde Primera Junta hasta Parque Rivadavia le pareció como una caminata a Luján. Un par de veces pensó en tomar un taxi, y lo detuvieron dos cosas: que iban en dirección contraria al tráfico y que en realidad eran muy pocas cuadras. Pero la fría realidad de los números de metros le parecía lejana, inaccesible; sólo sabía que tenía que caminar y caminar y caminar.

Al fin, llegó. A la sala de la conferencia. Por suerte la entrada era libre y gratuita; no se sentía capaz de hablar con nadie y menos de sacar plata y contarla. Simplemente entró y se sentó en el fondo. Los conferencistas llegaron y se acomodaron detrás de una mesa larguísima; reconoció a su profesor entre los académicos. Al rato de la primera disertación, aburridísima, se dio cuenta de algo terrible. Él había salido del recital horas después de que esta charla hubiese terminado. Imposible que recién estuviese empezando. Miró la hora en un reloj en la pared y eran las 20 horas 17 minutos. ¿Podía ser ya el otro día? Imposible que hagan esto en un domingo. Ya bastante raro era que lo hicieran en un sábado. Y la conferencia estaba programada para la misma hora, mismo día, que el recital. Imposible. Tampoco había pasado tanto tiempo; había caminado por horas, pero no veinte horas. Aunque, en el estado mental en que estaba, no le parecía tan raro. Siguió presenciando la conferencia, entendiendo poco y nada; entre su locura temporaria y su desconocimiento de la física teórica, podían estar hablándole en chino. A duras penas podía enfocarse en cosas que ocurrieran fuera de su ámbito inmediato.

La conferencia terminó y salió apurado; no quería que su ex profesor lo viera en este estado de confusión suprema. Se sentía mal, mareado y cansado. No era una sensación desagradable, en realidad, pero necesitaba dormir o por lo menos acostarse. Entró en un hotel barato y pidió una habitación. A duras penas habló con el encargado y pagó. "Habrá pensado que estoy borracho", se dijo. Se acostó en la suave cama y se durmió enseguida.

Cuando se despertó, ya habían desaparecido todos los efectos de la droga, excepto una pequeña desorientación. El hotel servía desayuno y fue a tomar un café y a tratar de orientarse en el espacio tanto como en el tiempo. Había un diario y lo miró; era del domingo. En el televisor estaban dando una carrera de autos; era, obviamente, domingo a la mañana, o sea… ¿Qué había pasado? ¿Realmente había estado dos días vagando por ahí, o todo había ocurrido ese sábado a la noche? En una servilleta encontró la dirección del hotel. Estaba en Caballito, no muy lejos del lugar de la conferencia. Caminó por el pasillo hasta la oficina de administración. Preguntó a qué hora había

experiencias fuertes; ya tomé ácido muchas veces. Esto me parece que es divertido pero es livianito…

—Bueno, pero esto no es ácido… —aclaró el músico y se fue.

Se dio cuenta de que había cometido un error recién una hora después. Cuando una de las esculturas, una araña gigante, le hacía señas para que se acercara. Tardó un rato en recordar que no había esculturas, sino montañas retorcidas de metal industrial. Pero miró de nuevo y eran esculturas. El salón parecía ser muchísimo más grande de lo que recordaba, hacía apenas media hora. Tenía una persona al lado que le hablaba. Reconoció a su amiga, pero, mientras la miraba, su cara cambiaba; era siempre ella, pero en realidad no era. Algo difícil de entender. Le hablaba y no entendía una palabra de lo que le decía. No podía ni intentar responderle. Dijo algo que le pareció que ella iba a interpretar como una disculpa, y salió corriendo a la calle.

Apenas respiró el aire fresco, se arrepintió de haber salido. Pensó en regresar, pero de alguna manera el salón había desaparecido. No había forma de volver, porque no había ningún lugar a dónde hacerlo. Una parte de su mente sabía que eso no era posible. El universo físico debía estar todavía ahí, en alguna parte. Pero la mayoría de su ser lo dudaba. Sentía como si habitara una burbuja autocontenida, de pocos metros de diámetro, que proyectaba una realidad a su alrededor, y que más allá de eso no había absolutamente nada. Caminó hacia adelante y vio cómo se creaban casas, autos, calles, a medida que iba pasando, y aunque no miraba para atrás, estaba seguro de que todo dejaba de existir a medida que él se alejaba. Ya había empezado a avanzar, y simplemente siguió. Aparentemente sus pies sabían muy bien a dónde iban. No se molestaron en informarle al resto de su ser cuál era ese destino. No hacía falta.

Caminó unas cuadras y llegó a la estación de Haedo. El andén le parecía enormemente largo; a pesar de eso lo recorrió de arriba a abajo varias veces. Vigilaba la distancia para ver si venía el tren. Todo lo que veía era oscuridad. Y algunas luces quietas. Un policía estaba en el andén; cuando él se le acercó, el uniformado desapareció. Algo extraño; normalmente sucedía a la inversa. Sentados en un banco cercano conversaban dos jóvenes. Hubiera jurado que estaban hablando de él. Prestó atención, y en realidad charlaban sobre fútbol. O quizá habían cambiado de tema para que él no se diera cuenta de que, sí, estaban hablando de él. Al rato, que le pareció una eternidad, vio venir dos luces blancas; era el tren. Entró y se sentó. Algunos cartoneros con sus carritos ocupaban casi todo el ancho del pasillo. Él estaba cerca de una puerta. No estaba seguro de en qué estación bajarse. Miraba por las ventanillas, o más bien trataba; estaban todas sucias y desgastadas. Apenas se podía ver para afuera. Tenían una barra blanca que las atravesaba horizontalmente, de punta a punta del tren. Apenas pudo reconocer algún edificio, un puente, las estaciones por las que pasaba; veía pequeños fragmentos de lo que

lo que tenía ante sí no era otra cosa que la misteriosa piedra de almas. Se trataba de un bloque de color verde oliva de unos treinta centímetros de alto, con una cabeza de lobo y las fauces abiertas, mostrando unos colmillos largos y amenazantes. El visible desgaste de la roca, junto con algunos detalles desdibujados, revelaban el persistente paso de los siglos. Al instante, sintió una sacudida al percibir que sus ojos inmundos brillaban en un color rojizo, de forma intermitente. Por un momento tuvo la terrible y certera sensación de que aquella cosa estaba viva, observándole; sólo de pensar que el terrible dios Kuerzat estuviera allí presente de alguna forma le producía escalofríos. Y retrocedió dando tumbos.

Lo único que Diego deseaba hacer en aquel momento era huir cuanto antes de aquel detestable lugar. Así que salió de la habitación y se dirigió hacia la puerta principal, la única salida que tenía la casa. Con cautela, abrió la puerta y observó fuera; el silencio y la quietud se cernían en derredor. Pero justo antes de salir decidió que tenía que hacer algo; se precipitó de nuevo hasta la habitación, cogió la lámpara y volcó el aceite de su interior sobre el mobiliario. A continuación le prendió fuego y corrió a toda prisa, como alma que lleva el diablo.

Una vez en el interior de su coche fue consciente del desmesurado y evidente nerviosismo que padecía, pues apenas si atinaba a meter la llave del coche para arrancarlo. Un instante después, y con una deficiente coordinación en sus brazos y piernas, aceleró a toda velocidad cuesta abajo por el sendero que se perdía entre la bruma del bosque. A pesar del frío que hacía, un sudor helado le recorría todo el cuerpo.

Pocos minutos más tarde, Diego dirigió una última mirada a través del espejo retrovisor para contemplar, con estupor y cierto alivio, cómo las llamas se elevaban por encima de la colina. Aunque no dejaba de pensar qué era aquella figura fantasmal que vio deambulando por el exterior de la casa.

© JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ CASTRO, 2007.

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ CASTRO
(España —Cádiz, 1970—)

Ingeniero en informática, aficionado a los relatos de fantasía desde muy joven, es miembro activo de dos talleres literarios en la red (Taller 7 y Los Forjadores). Tiene predilección por los relatos de terror psicológico y sobrenatural, y en su estilo se notan influencias de escritores del siglo XIX y de principios del XX, como POE, LOVECRAFT, MACHEN y BLACKWOOD.

Ha publicado dos cuentos (*Rojo* y *Profundidad*) en "¡Vampiros!", el nº 5 de **Crónicas de la Forja**.

TERRAFORMACIÓN

PAULA I. SALMOIRAGHI

Anudado al pensamiento generalizado entre los habitantes del planeta Tierra: “Se proyecta para el inicio del nuevo año la puesta en marcha del Plan de Terraformación destinado a volver propicio para la vida humana el inhóspito y deshabitado planeta Venus”. El aparato teletransmisor comunicaba a la población terrestre el proyecto largamente estudiado por los cultores de la teoría según la cual el progreso humano no estaba debidamente encaminado si se limitaba al planeta de origen. El hombre debía expandirse infinitamente, conquistar, transformar, extender su cultura a otros mundos; si era posible, a todos los mundos.

“Se rodeará el planeta con naves equipadas para bombardear toda su superficie con misiles cargados de algas productoras de oxígeno y agua. Éstas se reproducirán en la atmósfera y en determinado momento soltarán sobre la corteza árida, un diluvio lo suficientemente abundante y prolongado como para transformar el suelo de Venus, ahora hirviente, en una región con mares y ríos, vegetación y atmósfera respirable para el hombre”. En el aire vibraban las palabras metálicas. Para unos eran la concreción de años de desarrollo ininterrumpido, para todos eran un agregado más a la contaminación sonora que acolchaba los oídos y transformaba la ciudad en un enorme enjambre de autistas.

En el planeta Venus, ninguna voz metálica inundaba el vacío. No había aire que contaminar, no había agua que transformar en energía. No había árboles que talar, no había animales que exterminar, no había ninguna clase de vida dispuesta a dominar o progresar.

Ninguna noticia sobre planetas vecinos se esparcía por las calles. Es que no había calles, ni altoparlantes, ni teletransmisores. Ni periodistas, ni satélites, ni científicos, ni tecnología.

Ninguna nave interplanetaria se preparaba. Ningún misil se cargaba de algas. Es que no había naves, ni misiles, ni algas, ni rutas interplanetarias, ni vuelos espaciales, ni fabricatras miraba los preparativos pensaba de qué estarían hablando en la conferencia; seguramente iba a ser más entretenida que este recital, o este ensayo, que era lo único que estaba viendo por el momento. Ahora pensaba que, como siempre, estaba en el lugar equivocado haciendo la actividad equivocada.

Ese rato de negatividad le duró hasta que se le acercó Gustavo, el guitarrista de la banda. Charlaron un rato, de cosas de la vida. En un momento, el músico lo miró con cara conspiratoria.

—Vos siempre estás dispuesto a la experimentación, ¿no? —le dijo.

Él le contestó que sí, sin saber muy bien a qué se refería su amigo. Hubo una pausa de casi un minuto de silencio incómodo.

—Me dieron esto. Lo trajo mi prima de Bélgica. Todavía no lo probé. ¿Querés? —le dijo mientras le mostraba un pequeño frasco con gotero, con un líquido transparente adentro—. Le dicen LSD 19 —siguió—. No sé por qué la denominación, porque en realidad no está relacionado directamente con el LSD.

Miró el recipiente con curiosidad. Lo puso a trasluz y vio que lanzaba unos brillos extraños, violáceos, casi fosforecentes. “Bueno”, le respondió. “Dame. Lo voy a probar”. El músico le pidió que sacase la lengua, y depositó una gota mínima en ella. La tragó y no sintió prácticamente ningún gusto. Le pareció que iba a ser muy poco. Su amigo miró la hora; eran las 20 horas 17 minutos.

—Se supone que en una hora te hace efecto. Tené paciencia y decime qué tal.

Gustavo tomó otra gotita, también minúscula, y se fue a seguir probando sonido. Lo dejó solo, esperando el efecto de una droga desconocida. Empezó a preocuparse; quizá debía haber ido a la conferencia, después de todo. Ahora estaba a merced de un químico loco que estaba experimentando con él. Por lo menos los físicos cuánticos locos hacían simples experimentos mentales, y no eran tan peligrosos.

A la hora, se había olvidado de sus preocupaciones. Había llegado la hermana de otro de los músicos; una rubia que era directora de cine. Hablaron un buen rato de sus proyectos y la película que iba a estrenar la semana siguiente. En eso estaba cuando Gustavo volvió.

—Pasó una hora. ¿Qué sentís?

Al principio le iba a decir “nada”. Pero miró a su amigo, a contraluz con las luces de colores del escenario, y se dio cuenta de que algo raro había. Sintió una especie de euforia que al principio había confundido con la sensación de estar charlando íntimamente con una chica, pero se dio cuenta de que era algo más.

—Esta cosa que me diste, está buena —dijo.

Gustavo sacó el frasquito de nuevo, lo miró y dijo: —Sí, eso parece.

Él aprovechó la situación para sacárselo de la mano.

—Dame —murmuró, y se tomó cinco gotas más.

—Epa, espero que sepas lo que estás haciendo —dijo el músico.

—No te preocupes. Lo anterior me puso un poco alegre, no más. Vos sabés: yo estoy acostumbrado a las

UN VIAJE AL OMBLIGO DEL MUNDO

FERNANDO BONSEMBIANTE

Las primeras luces amarillentas de la mañana le anunciaron que iba a ser un día predestinado para lo extraño. Muy temprano, lo despertó el sonido agudo e insistente de una alarma. Abandonó el cálido refugio de la cómoda cama. Se asomó a la ventana y junto con una brisa fresca vio pasar un grupo de colores verdes, azules, rojos, amarillos: gente disfrazada. Vendrán de alguna fiesta, pensó. Cerró la ventana, pero el aire fresco seguía adentro de la habitación. Se metió de un salto dentro de la suavidad de las sábanas y pudo volver a dormirse enseguida.

Se despertó poco antes de las once de la mañana. Temprano, para lo que estaba acostumbrado. Salió enseguida de la casa y encaró hacia la cafetería donde siempre desayunaba. Leyendo el diario, lo primero que le llamó la atención fue una conferencia sobre mundos paralelos; uno de los disertantes había sido su profesor de física hacía tiempo. “Los universos paralelos y la teoría cuántica”. Siguió leyendo y encontró otro anuncio que le interesó. Había un recital de unos viejos amigos suyos. La banda se llamaba Conejo blanco. Fanáticos de Jefferson Airplane y de la psicodelia. Y, por qué no, de Alicia. Revisó los horarios: la conferencia y el recital eran a la misma hora. Se rió pensando justamente que, si de física cuántica se trataba, era lógico que le pidieran estar en dos lugares al mismo tiempo. Como todavía no dominaba la bilocación, decidió ir solamente al recital.

El lugar del evento era una vieja fábrica abandonada, transformada en centro cultural. No estaba demasiado convertida, porque todavía había algunas máquinas pesadas, hierros retorcidos y cosas así, que habían aprovechado para armar una especie de escenografía decadente. Como siempre, había llegado temprano para el recital; si bien la hora era la indicada por el diario, todavía estaban probando sonido y terminando de armar el escenario. Si no fuera que la conferencia era del otro lado de la ciudad, podría haber ido a los dos lugares tranquilamente. Mien-

ción de armas, ni transportes, ni caminos, ni veredas.

La flota de naves emprendió la ruta. La zona de despegue era foco de todas las miradas. Los noticieros de todo el mundo informaron sobre los preparativos, el despegue y los planes futuros. Cada habitante de la Tierra vio cómo las naves partían rumbo a Venus. El grupo de estudiosos encargado del plan apretó los botones, programó teclados, visualizó pantallas, orientó radares para lograr con la mayor eficacia posible el objetivo del proyecto.

En el ardiente Venus ninguna flota partió y nadie admiró la partida. Porque no había flotas, ni pilotos, ni soldados, ni ejércitos. No había partidas ni lugar dónde llegar. No había admiradores ni admirados, no había protagonistas ni testigos.

Nadie habló sobre planes futuros. Es que no había planificación, ni futuro, ni metas, ni objetivos. No había eficacia, ni errores, no había equivocados ni correcciones.

Ningún estudioso apretó ni visualizó ni orientó nada. Faltaban botones y pantallas, cosas dirigibles y estudiosos. Es que no había teclados, ni teclas, ni dedos que presionaran, ni manos que empujaran. No había dirección ni dirigentes. No había orientación, ni mapas, ni cartas geográficas, ni veletas, ni horizonte, ni límites ni fronteras. No había radares ni vigilantes. No había quién mirara ni quién fuera mirado.

Las naves dirigidas desde la Tierra rodearon Venus a una distancia prudencial. Se dispusieron formando una cinta circular en torno al planeta. A una orden transmitida desde la base terrestre comenzaron el bombardeo. Los misiles esparcieron por la alta atmósfera venusina grandes cantidades de algas verdes. Cumplida su misión las naves regresaron a la Tierra, donde todo el proceso quedó registrado en los archivos científicos para que las generaciones futuras pudieran ver avanzar la acción del bombardeo realizado aquel día.

En Venus nadie rodeó a nadie ni nadie se sintió rodeado. Nadie estuvo a distancia prudencial de nadie. Es que no se jugaba a la ronda, ni se conocía el cerco, ni el círculo, ni el cuadrado, ni la línea, ni el punto ni la geometría, ni las reglas, ni las escuadras. Es que no se conocían las distancias ni las medidas, ni había metros ni centímetros. Nadie era prudente, ni actuaba prudentemente, ni desconfiada ni responsablemente.

Ninguna orden hizo esparcir algas ni ninguna otra cosa por ningún lado para cumplir ninguna misión. Es que no había órdenes ni existían verbos como esparcir, invadir, atacar o avasallar. Es que no había espacio exterior, ni enemigos, ni desconocidos, ni extranjeros, ni extraterrestres, ni marginados ni guetos. No había misión, no se necesitaba atmósfera ni respirar oxígeno, ni agua, ni mares, ni ríos, ni playas ni vacaciones.

Ningún proceso fue registrado en ningún archivo para que ninguna generación conociera nada. Porque no había procesos, ni registros, ni carpetas, ni papeles, ni archivos, ni léxico

científico. Es que nadie se interesaba por contar bombardeos ni ataques ni guerras ni descubrimientos ni inventos ni ejemplos ni parábolas ni moralejas ni metáforas. Es que no había historia, ni científicos, ni final aleccionador, ni lecciones, ni moral.

Los científicos informaron que la acción de las algas lograría la transformación deseada en un par de siglos. La vida en la Tierra siguió su curso cotidiano, pero nadie olvidó que un nuevo mundo esperaba ser poblado y civilizado por la humanidad.

Los años pasaron, y pasaron los dos siglos y el esperado diluvio estalló sobre Venus y logró su objetivo.

Bajo el cielo de algas nadie esperó dos siglos. Porque no había esperas y porque nadie sabía contar hasta dos. Tampoco había número dos ni siglos, ni número cuatro, ni ningún número. No había fechas ni años, ni decenios, ni milenios, ni tiempo de descuento, ni destiempo, ni nada que pudiera llamarse matar el tiempo ni había reloj.

Nadie siguió nada cotidiano recordando nada porque no había rutina ni normalidad no cotidianeidad ni sus rupturas. Porque no había recuerdos ni olvido, ni pasado conmemorable ni presente alentador ni futuro comprometido.

Nadie soñó con poblar ni civilizar ningún mundo. Porque no había sueños que supieran poblar, colonizar, esclavizar o extinguir. Porque no había poblados, ni pobladores, ni civilización, ni barbarie, ni civilizados, ni civilizantes, ni evangelizantes, ni evangelios, ni civiles, ni militares. No había ignorantes, ni ignorados, ni infieles, ni sediciosos, ni corruptores, ni corrompidos, ni aptos, ni descartables, ni prolijos ni desprolijos, ni muybiendiez ni felicitado ni cuadro de honor ni medallas. No había otros mundos, ni nuevo mundo, ni viejo mundo, ni primer mundo ni decimocuarto mundo.

Nadie esperaba el diluvio ni se asustó cuando llegó. Nadie culpó a nadie por la catástrofe, ni buscó explicarla, nadie maldijo ni odió. Porque en Venus no había esperanzas ni sorpresas. No había miedos ni rencores, nadie sabía odiar ni maldecir. No había explicaciones ni castigos de los dioses, ni Sodoma ni Gomorra, ni arca, ni Noé, ni pecados, ni pecadores, ni jueces, ni testigos, ni perdón.

"Se proyecta para el inicio del nuevo año la puesta en marcha del plan de conquista y colonización del planeta Venus. A tal efecto se halla abierta la inscripción para el reclutamiento de voluntarios que deseen fundar y habitar las nuevas ciudades en el, ahora, saludable planeta vecino. Los interesados deberán pasar por la oficina de admisión y someterse al examen psicofísico que los habilitará como fieles representantes de nuestra raza". El aparato teletransmisor comunicaba a toda la población...

Miles de hombres y mujeres se embarcaron en miles de naves que descendieron en Venus. Todos tenían proyectos y esperanzas y soñaban con ciudades y carreteras, con la justicia y responsabilidad, con un mundo eficaz y progresista. A todos le encantó el paisaje que encontraron: ríos,

deuda pendiente en la Tierra, les indicó que lo dejaran en el desierto asiático, y los despidió cuando partieron hacia la Luna. Luego reunió, con afecto, los pedazos de William, y los enterró bajo una saliente rocosa. Se cuadró frente a la tumba de su capitán, y apuntó el láser hacia su propio cuerpo, esperando que sus restos se perdieran en el viento del desierto: no deseaba escandalizar a los arqueólogos del futuro.

© CLAUDIO BIONDINO, JULIO DE 2007.

CLAUDIO BIONDINO
(Argentina —Buenos Aires, 1972—)

Antropólogo, docente de la UBA e investigador becario del CONICET. En sus lecturas juveniles predominaron VERNE y ASIMOV. Actualmente, sus autores preferidos son, entre otros, BORGES, BALLARD, LEM, LE GUIN, DICK, CORDWAINER SMITH, VONNEGUT, BESTER, EGAN y CHIANG.

Desde mediados de 2005 incursionó en un taller literario y ya publicó cuentos en **Axxón**, **BEM OnLine**, **Erídano** y **Sinergia**. También fue traducido al francés para **Infini**.

Consejo Mundial, de que destruya al capitán rebelde.

William se volvió tranquilamente hacia Charles. Se sorprendió al ver que lo apuntaba con su láser.

—Charly, ¿qué estás haciendo? ¿Acaso crees la ridícula historia que ha contado este… fantasma?

—No, señor.

—¿Y bien?

—No soy filósofo, y por lo tanto no creo ni dejo de creer en lo que la comandante ha dicho. Sólo obedezco la orden de un oficial humano.

William comprendió que las palabras de Charles eran una sentencia de muerte. Intentó tomar su láser, pero el teniente disparó primero, y el Señor de la Visión que había gobernado la Tierra durante cien mil años se desintegró en un estallido de luz.

La comandante se puso de pie y avanzó hacia las IA.

—Teniente Charles.

—Ordene, comandante.

—Usted y sus IA volarán a África y desmontarán cualquier aparato que hayan dejado allí. Luego se irán en la *Rescue*, se ocultarán en la Luna, y no regresarán jamás a las aldeas Niey. Ellos son ahora la única humanidad que existe, y forjarán su propia historia a partir de este momento.

—Sí, comandante.

—No creo que ustedes permanezcan funcionales hasta que se desarrolle una civilización tecnológica, por lo que voy a pedirle que escriba un reporte sobre lo ocurrido desde su salto. Para cuando la humanidad llegue a la Luna, estará en condiciones de decodificar y comprender su informe, y de analizar sus… restos. Lamento tener que expresarme así, teniente, pero la situación lo requiere. Es necesario advertirles sobre la verdadera naturaleza del hiperespacio y los peligros que pueden afrontar, para que un desastre como éste no vuelva a repetirse… por lo menos en este ciclo.

—Lo comprendo perfectamente, comandante.

—Muy bien. Se lo agradezco, Charles. —Suárez tomó las manos del teniente, mientras comenzaba a desvanecerse en el aire.— Realmente se lo agradezco. Tendré que volver una y otra vez a este punto del ciclo cósmico para detener a William, pero ahora sé que, gracias a usted, siempre tendré éxito…

Un instante después, la comandante ya no estaba allí.

Charles pensó que Suárez había sido demasiado amable con él. Era cierto que había luchado contra su acondicionamiento, buscando la fuerza para desobedecer a William, pero había fracasado. Había aceptado convertirse en el instrumento de un genocidio de proporciones inimaginables. “Mis manos están tan manchadas de sangre como las del capitán”, se dijo, mientras se volvía hacia sus subordinados. Ahora era él quien estaba al mando.

Tras desmontar las Aguas Mágicas y abandonar a los Niey para siempre, Charles ordenó a los marines que cumplieran las órdenes de la comandante. Nombró un nuevo teniente y le encomendó la tarea de redactar el informe. Les explicó que tenía una

bosques, mares, montañas, como la vieja Tierra en sus tiempos originarios. Todos se instalaron en Venus y construyeron allí sus vidas tal como en la Tierra, porque ahora, en Venus, no había nada, absolutamente nada.

© PAULA SALMOIRAGHI, 2007.

PAULA IRUPÉ SALMOIRAGHI
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

Conspicua y activa integrante de Los Forjadores (http://www.forjadores.net), profesora de lengua y literatura y traductora de francés, en **NM** 2 publicó *La Cantadora*.

Terraformación se publicó originariamente en la revista **Clepsidra** nº 23 (1989-1990).

HERÁCLITO EN “BLADE RUNNER”: EL ASOMO DEL NO SER COMO ESPERANZA

“La naturaleza ama el ocultarse”

En el mundo futuro de Los Ángeles, en 2019, el silencio profundo del ser, el idioma de la alteridad por antonomasia —en ese ámbito sofocado por textos, mensajes y códigos— parece, por fin, decidido a manifestarse. Luego de haber tomado posición en cada mínimo recoveco del ámbito humano, luego de ocupar el lugar de la flora y de la fauna, ahora expone su talante esquivo, con sabia ironía en seres idénticos, réplicas, de los hasta entonces guardianes del “ser” —más bien de lo óntico—; los entes más entes, pues, (re)toman “con-ciencia” y se exponen decididos. La naturaleza sí ama esconderse, pero —cuando ha pasado mucho tiempo— emerge furiosa (como una Pris Erinia) por la prolongada espera y, aterrados, no somos capaces de (re)conocer su rostro (en nuestro rostro) de frente, sin precipitarnos luego irresistiblemente a su definitivo abrazo de vacío y silencio (éste sí, eterno).

“Los ojos son testigos más exactos que los oídos”

Por eso las miradas colman cada secuencia de *Blade runner*, porque —como SARTRE ponderó— ser visto es ser para otro, por el otro, y esto es una garantía de que no soy yo todo, pero también de que soy por otro, como éll por mi mirar; “el infierno son los otros”, dicen los humanos, pero los ojos fustigantes de *Blade runner*, ojos replicantes que brillan con lucidez suicida, parecen recordarnos: “No te escuches, escucha(te). ¿Quién te mira, en un espejo en donde nada se ve? El infierno no es nadie, ya que es, simplemente. ¿Lo ves?”.

verso. Ustedes están limitados, en cambio, a una perspectiva desde la que el tiempo parece una sucesión de instantes; un pasado-presente-futuro. Sin embargo, ésa es una perspectiva limitada, contenida dentro del ciclo *big bang/big crunch*. Sólo un ser como yo, atrapado a través de esos ciclos, puede percibir y recordar el retorno de todas las cosas. Pero —y aquí viene lo importante— no es un eterno retorno inevitablemente igual a sí mismo: su contenido puede ser modificado si se produce un evento crítico de máxima distorsión. A lo largo de los ciclos las decisiones de múltiples inteligencias que habitan el cosmos se van modificando. En general, los cambios no provocan transformaciones fundamentales. Pero en ocasiones como ésta…

—¿Acaso intenta decirme que he desobedecido los protocolos en otros… ciclos?

—Así es, Willy. Innumerables veces reconociste a los humanos como tales, y abortaste la misión autodestruyendo la *Rescue* y todo el equipo IA. Pero en una de las iteraciones algo modificó tu decisión… Tal vez se acumularon muchas diferencias en tu proceso de entrenamiento, no lo sé. Pero el caso es que lo hiciste, y no hay forma de cambiar ese evento crítico; yo no decido el momento en el que puedo pasar por aquí a explicarte estas cosas. Sin embargo, tienes una oportunidad de detener lo que estás a punto de hacer y de enmendar, en parte, lo que ya has hecho.

—Le diré una cosa comandante. A los científicos que me crearon no les agradaba la metafísica, y a mí tampoco. Lo que usted dice resulta insostenible desde todo punto de vista, por lo que me veo obligado a considerarla una impostora, y a desconocer su autoridad. Usted es, probablemente, un ser de este universo que ha ideado esta farsa para engañarnos.

La comandante Suárez miró a William con cierta tristeza. —Sabía que ibas a decir eso. Tenía la esperanza de hacerte cambiar de parecer, pero es la misma respuesta que ya me has dado en otras ocasiones. Sabes, Willy, no creo que tu resistencia a una orden humana directa se deba a la lógica. Creo que te has enamorado del poder.

—Ya que sabe todo eso —respondió William furioso—, sea usted quien sea, ¿por qué no me dice lo que voy a hacer a continuación?

—Vas a esperar a que me desvanezca, y luego regresarás a África para exterminar a los Niey. O, por lo menos, es lo que siempre has hecho hasta ahora. Te escudarás en lo que indican los protocolos, pero en realidad no soportas la idea de que te sobrevivan. Además, te crees muy listo jugando con la percepción cíclica del tiempo Niey. La contemplas desde tu atalaya de tiempo lineal para jugar con ella a voluntad. Sin embargo, yo tengo el mismo tipo de ventaja sobre ti: te contemplo desde el tiempo absoluto, Willy. Estoy un nivel por encima, y te aseguro que esta vez las cosas serán diferentes. Me tomé la libertad de hablar primero con el teniente, antes de entrevistarme contigo. —Se volvió hacia Charles.— Teniente, le ratifico la orden, en nombre de la autoridad del

—Y supongo —respondió el capitán con sorna— que usted ha tenido una revelación mística que la ha elevado por sobre esa limitación inherente a los humanos, ¿no es así?

—He tenido algo mucho peor que una revelación mística. —Ahora era la comandante Suárez quien sonreía, pero con un inconfundible rictus de amargura en sus labios. Su mirada permanecía impasible, fija en algún punto más allá del horizonte.— El salto no tuvo los mismos efectos para mi tripulación y para mí que el que tuvo para ustedes. Nosotros no viajamos al pasado. Fuimos arrojados al mismo corazón del tiempo; a su centro inmóvil, en el que su verdadera naturaleza se revela sin necesidad de teorías ni explicaciones.

—Comandante, creo que, si es usted quien dice ser, se encuentra un tanto alterada…

—¿Y qué decir de ti, Willy? —lo interrumpió de nuevo Suárez—. ¿Te has visto al espejo últimamente? ¿En qué parte de los protocolos dice que debes recubrirte el cuerpo con pieles humanas?

El capitán titubeó unos instantes, pero no pudo responder a la pregunta.

—Es usted una impostora. La comandante nunca…

—¿Vas a dejarme terminar, o piensas seguir desobedeciendo las órdenes humanas?

El acondicionamiento de William alentó su reacción el tiempo suficiente para que Suárez pudiera continuar.

—Mi tripulación quedó atrapada en la madre de todas las singularidades, Willy. Para ellos el tiempo ya no existe. Están suspendidos en la eternidad. Pero mi destino ha sido aún peor. El cuerpo que ves ante ti es material, sí, pero ya no tiene nada que ver con el tipo de materia que tú conoces. Para comprender mi actual naturaleza debes imaginar el centro del que te he hablado, la singularidad máxima, como un faro en una roca sobre el mar. El faro permanece quieto, pero el haz de luz que emite gira a su alrededor indefinidamente; por lo menos, mientras su operador decida hacerlo girar. En este caso, el operador lo ha mantenido girando y, por alguna razón, ha decidido hacerme atravesar los ciclos de este universo, tal vez para hablar una y otra vez contigo y tratar de detenerte.

—¿Operador?—se sorprendió William—. ¿Se refiere usted a la antigua figura mítica de Dios? Comandante, según el banco de datos, la creencia en dioses ha sido considerada por el Consejo Mundial como traición a la humanidad. Por lo tanto, está usted incurriendo en…

—No creo en dioses sobrenaturales, Willy, pero ciertamente hay una *voluntad* en el centro del tiempo. Una inteligencia infinitamente superior a las nuestras. Tal vez se trate de algún descendiente tuyo, después de todo. El caso es que mi ser existe a lo largo del haz de luz que emite el faro. El haz da una sola vuelta en cada ciclo de este universo, de modo que sólo puedo pasar una vez por aquí; así que cállate y escúchame.

”El tiempo es un Todo simultáneo, pero su perspectiva desde fuera del centro es, para alguien como yo, una especie de eterno retorno, puntuado por la expansión/contracción del uni-

“El Señor cuyo oráculo está en Delfos
ni dice, ni oculta, sino que hace señales”

Es el caso del gran doctor Eldon Tyrell, el amo y señor de la corporación más poderosa del futuro. Nada le es ajeno, ni oculto; no hay inteligencia artificial que no tenga estampada su firma y, cuando se percata del excesivo alcance de su divino poder, de su voz apolínea forjadora de seres de luz, pronto los ecos oscuros de Su Palabra instauradora regresan a él, crípticos y complejos como los enunció, solicitando ser nuevamente pronunciados. Es que el asalto al Olimpo siempre ha sido irresistible, aun cuando, al ser conquistado, tanto los titanes como los primeros cristianos, y los replicantes, luego, sólo hallaron una gruta vacía, alborotada de susurros abandonados, que escaparon prestos hacia el espacio, difuminados en la primera rasgadura.

“El hombre se enciende y apaga como una luz de noche”

Esto lo comprendió Roy Batty, el líder replicante, en el último instante de su existencia —existencia, sí, y no funcionamiento, pues comprendió—, y no entendió simplemente, porque no lo hizo (la muerte no es entendible por nadie; sólo es posible asumirla —reinterpretarse— ante su proximidad, “resignarse”). Pero esta posibilidad de pensarse diferente, en comparación a lo eterno “id-éntico”, lo que no es auténticamente, lo que no deviene, lo facultó, en compensación, para encontrar cierto consuelo de vida —aun en la postrera— en que cada lucero nocturno, incluso en sus fulgores más agónicos, no es sino el preámbulo de la luz del día; de *avecinamiento* seguro, radiante y esperanzador.

“La eternidad es un niño que juega
a las tablas: de un niño es el poder real”

Fue lo que Leon, Zhora y Pris —androides hambrientos de más y mejor vida— no atinaron a entrever, aun estando tan cerca de la salida del laberinto. Su jubilosa soltura de ser; su desenfreno dionisíaco en cada actitud, en cada acción; su lúdica y demasiado lúcida manera de valorar lo meramente humano, les otorgaba el hilo de Ariadna para hallar, en cierta manera, lo que tanto habían perseguido. Basta con ver lo cruel y a la vez leal del carácter de Leon; la creatividad cautivante de las danzas de Zhora y su letal decisión; la juguetona, atractiva, y tierna, actitud furtiva y depredadora de Pris. Sólo Roy, Rachel y Rick fueron capaces de capturar su propia infantil esencia, aquella tan poderosa que hace posible alcanzar cierta inmortalidad; no difuminando “físicamente” el acontecimiento inevitable, sino revalorando todo lo que le acontece, a fin de alejarlo en perspectiva, haciéndolo fungir como un motor axiológico de todo lo generado a partir de él. Para Rachel, por fin, valorarse

como “ser-para-otro”, “ser-por-amor”, o sea, *ser*; para Roy, valorarse como capaz de piedad, apto de identificar en “el otro”, en los otros innumerables, lo que le faltaba para ser más y ser siempre y, por ende, “in-menso”; para Rick, tener el valor de afrontar su “auténtico” yo, “replicándose” en el tiempo, buscándolo como perenne presente.

“Nos embarcamos y no nos embarcamos
en los mismos ríos; somos y no somos”

Porque —parafraseando a Gaff, singular reencarnación de HERÁCLITO, el Oscuro, en el porvenir—, en última instancia, hoy, que todos los ríos se han secado, ¿quién es *realmente*?

© JESÚS A. MORALES ROJAS, 2008.

JESÚS ADEMIR MORALES ROJAS
(Estados Unidos Mexicanos —México, DF, 1973—)

Escritor y articulista. Cursó estudios de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México y de historia del arte en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Se considera, en el fondo, un feliz autodidacta de librerías de viejo.

—Bienvenida, comandante Suárez —saludó William cuadrándose—. Me alegra que nuestra espera no haya sido en vano, y que podamos serle útiles en este mundo inhóspito al que hemos arribado.

—¿Por qué llamas inhóspita a la Tierra, William? —La comandante ni siquiera se había levantado para recibir el saludo militar de rigor.— Parece un comentario desleal para con el planeta de tus creadores.

El trato informal y a la vez gélido desorientó a William, pero inmediatamente lo puso en guardia frente a aquella conducta impropia y extraña en un oficial de alto rango.

—He llamado inhóspito a este planeta porque no es la Tierra, comandante.

—Te equivocas… Willy. Has estado aquí, en la Tierra, destruyendo la evolución de la humanidad desde que llegaste. Cien mil años de traición a la especie humana.

William sintió repulsión por aquella figura menuda que lo humillaba tal como lo habían hecho los viejos *tech*. Pero esta vez sería distinto; se había acostumbrado a mandar sobre los seres humanos. Primero, sin embargo, seguiría su juego, para ver hacia dónde conducía.

—Eso es imposible, comandante. No se puede retroceder en el tiempo en la propia línea temporal. La ley Hawking de protección de la cronología…

—No tienes la menor idea de lo que es el tiempo, Willy —lo interrumpió Suárez; su rostro no reflejaba la menor emoción o, por lo menos, no había rastros de ninguna emoción humana que las IA hubieran visto antes—. Ya hemos vivido este encuentro algunas veces, y nunca has aceptado la verdad. Pero voy a darte una última oportunidad: estás en la Tierra, y eres el principal responsable de la destrucción de la humanidad.

William sonrió. —¿Y cómo explica usted mi propia presencia en este lugar? Si he destruido a la humanidad que me creó, he anulado la causa de mi existencia. Pero en ese caso yo nunca habría existido y, por lo tanto, no habría podido llevar a cabo la destrucción que usted me imputa… comandante.

—Las paradojas temporales son sólo un juego lógico producto de las limitadas capacidades de la mente humana. Parten de una suposición equivocada acerca de la naturaleza del tiempo. Es posible eliminar una causa sin eliminar el efecto, ya que al atravesar el hiperespacio, que en rigor no es espacio ni tiempo, sino una dimensión que está por fuera de él, quedas libre del encadenamiento causal. En otras palabras, el mal llamado “hiperespacio” es la dimensión que desconecta las causas de los efectos, y éstos se vuelven la causa de sí mismos. La mente humana —así como la inteligencia artificial, construida a imagen y semejanza de la nuestra— no puede representarse este tipo de disyunción causal en la dimensión temporal, pero eso es lo que ocurre cuando atraviesas esa auténtica Nada que se encuentra por detrás del Todo. Eso es lo que te ha ocurrido a ti, Willy. Por eso estás aquí a pesar de haber destruido la civilización que te construyó, aunque la limitada lógica humana no pueda aceptarlo.

La mirada de William parecía perdida en ensoñaciones de poder y nostalgia; un niño que acaba de recibir su sentencia de muerte, y piensa más en la pérdida de sus juguetes que en la propia vida que se le escurre entre las manos.

—Señor, si me permite…

—Hay que poner en marcha la última instrucción del protocolo, Charly. —William había vuelto el rostro hacia su subordinado.— No podemos permitir que la Muestra quede libre cuando dejemos de funcionar, ya que no hemos recibido órdenes al respecto. Y no nos queda mucho tiempo. Cuando regreses de tu misión asiática, tendremos que suprimir a los Niey. Luego nos marchitaremos tranquilamente en este planeta muerto.

—Señor, la aparición de Asia tiene que ver con la llegada de nuevas órdenes.

El capitán no respondió. Charles se preguntó si había dejado de funcionar en ese instante, ante la revelación de que su autoridad estaba a punto de ser cuestionada. Pero al cabo de unos minutos William pareció recomponerse y se puso de pie, cuadrándose al estilo de la vieja postura militar que había dejado de utilizar tanto tiempo atrás. Tal vez el terror del regreso a la influencia de la Esfera era demasiado para él. Miró a Charles.

—¿De qué demonios está hablando, teniente?

"El viejo William no se ha ido, después de todo", pensó Charles.

—La señal proveniente de Asia es un pedido de rescate de la comandante Suárez, señor.

—Tal vez ellos hayan llegado a esta línea temporal milenios después que nosotros —dijo el capitán mientras caminaba en círculos por la tienda—. Para ellos sólo habrán sido unos meses desde el salto.

—La comandante Suárez está sola. La señal es muy clara al respecto.

—¿Ha muerto el resto del equipo?

—No, señor. Ni siquiera ha llegado la nave de los expedicionarios. La comandante simplemente apareció allí.

—¿Simplemente apareció? ¿Y cómo se supone que cruzó el espacio hasta aquí? ¿En traje de baño?

—No lo sé, señor; pero ninguna nave ha atravesado la atmósfera.

—Esto puede ser una trampa, Charly. No irás solo en esta misión. Quiero todo el poder de fuego disponible. Iremos todos en la *Rescue*. La Muestra puede quedarse sola por un tiempo. Después de todo, ya no parece capaz de tener una gran iniciativa.

"De hecho, ya no parecen humanos", pensó Charles, recordando los rostros embrutecidos que deambulaban entre las pantallas y las tiendas.

La *Rescue* descendió en el desierto, a pocos metros de la figura espectral que observaba la maniobra sentada en las rocas. El equipo IA en pleno salió de la nave y marchó, en formación de honor, hacia la comandante. A pesar de las sospechas del capitán William, el banco de datos había confirmado que se trataba de Suárez. Y el maldito banco de datos jamás se equivocaba.

EL CENTRO DEL TIEMPO

CLAUDIO BIONDINO

Tiempo cíclico

La guerra y el hambre no habían sido nunca antes tan terribles, pensó Numar, mientras dirigía la marcha hacia el combate.

Aunque algunos ancianos decían recordar temporadas como aquélla, Numar creía que exageraban. Estaba muy claro que se trataba de un castigo de los Antepasados. Ellos habían destruido el ciclo de la vida, ofendidos por no haber sido debidamente alimentados durante la última temporada de caza. El Hombre de la Visión se había guardado una parte de los alimentos que debía ofrendarles, y los Antepasados lo habían castigado quitándole la magia que daba suerte a los cazadores y a las recolectoras. Sin mostrar vergüenza alguna ante la terrible falta, se paseaba por la aldea exhibiendo la belleza de su gordura bajo el manto de piel de Kun. Atribuía la salud y la abundancia, por supuesto, al favor que le dispensaban los Antiguos, pero todos conocían muy bien el origen terrenal de aquel voluminoso abdomen. Por eso Numar se había untado el cuerpo con su grasa después de abrirle las entrañas, en señal de respeto a los muertos ofendidos.

Cuando Numar era todavía un joven soltero, hacía ya algunas temporadas, solía guerrear por placer, con el estómago bien lleno. Dirigía incursiones contra los campamentos de caza de los otros clanes de la tribu, robando mujeres y alimentos. Después regresaba con el grupo a su propio campamento y esperaba el contraataque con alegría. Muy pocos morían en esas incursiones, y sus hazañas eran luego relatadas una y otra vez junto al fuego nocturno, durante la época en que los linajes levantaban sus campamentos y se reunían en la aldea del clan, a la espera de la próxima temporada.

Habían sido buenas cacerías; buena guerra. Pero el castigo había cambiado las cosas. Ni siquiera la sangre del Hombre de la Visión había logrado aplacar a los Antepasados. El hambre impulsaba a los clanes a luchar por el control definitivo del te-

rritorio, que ya no alcanzaba para todos. Los perdedores serían expulsados o exterminados. Numar tenía el cuerpo dolorido por los golpes de los palos y las piedras, y sentía el estómago cada vez más cerrado. A pesar de ser el cazador más fuerte de su clan, las costillas parecían querer escaparse de su cuerpo, y había perdido unos cuantos dientes a causa de la debilidad. Otros tantos los había perdido en las últimas refriegas.

Al subir por una colina que se elevaba frente a ellos, el grupo divisó a sus enemigos en el fondo de un estrecho valle. Aquél sería el escenario del combate decisivo. Numar cruzó su mirada con la de Imek, el jefe de guerra de los clanes rivales. Traían con ellos un Hombre de la Visión, envuelto en su piel de Kun. Marchaba delante de todos, ejecutando las danzas y cánticos de los hechizos de guerra. Los jefes de los clanes dirigidos por Numar temieron lo peor ante tal aparición. Era necesario infundirles valor. Si se desbandaban serían cazados y exterminados como animales.

Numar supo lo que tenía que hacer. Con las últimas fuerzas que le quedaban, lanzó su grito de guerra y arremetió, solo, contra el Hombre de la Visión. Cuando se encontraba a pocos pasos de él, le arrojó la piedra afilada que solía usar para destazar animales. La recuperó un instante después, arrancándola de la cabeza destrozada de la víctima. Esto envalentonó a su gente y aterrorizó a los enemigos. La escaramuza no tardó en comenzar y en convertirse en una rápida desbandada de los hombres de Imek. Cuando la victoria ya era un hecho, Numar ordenó tomar prisioneros a los derrotados en lugar de exterminarlos. No era una orden sencilla de cumplir. El odio acumulado era grande. Pero los hombres de los clanes triunfantes debían lealtad al jefe de guerra más poderoso que habían conocido, y obedecieron.

Entonces Numar habló, tanto a los vencedores como a los vencidos. No era necesario que los clanes se mataran entre ellos, dijo, cuando había otros territorios de caza a su disposición: debían luchar contra las tribus vecinas. Tras la victoria, obtendrían poder sobre nuevas tierras y sobre los hombres que las ocupaban. Vio la duda que enturbiaba los rostros de los cazadores. ¿Qué garantizaba la victoria en una empresa tan arriesgada?

Numar no respondió sólo con la oratoria sino también con acciones. Se arrodilló junto al cuerpo del Hombre de la Visión. Le quitó la piel de Kun y la echó sobre sus propios hombros. Luego tomó su piedra afilada y le cortó la cabeza. La sostuvo por los cabellos para mostrar a todos los hombres que él tenía ahora el poder de la Visión. Por eso sabía que nada podría detener a la tribu si permanecía unida. Y, para mantener el poder de esa unión, una nueva cabeza rodaría cada temporada de caza, fertilizando la tierra con su sangre.

Así comenzó la expansión de la tribu de Numar sobre los pueblos vecinos. Algunos fueron dominados e incorporados como clanes de rango inferior. Otros migraron buscando nuevos territorios de caza, empu-

una lanza que no podía fallar contra una presa humana que no tenía oportunidad frente a su cazador. Con cada ritual, la superficie metálica del capitán iba desapareciendo de la vista, recubierta de pieles animales, y también humanas. Era evidente que su argumento demográfico no era más que una racionalización, pero Charles sentía cada vez menos voluntad de enfrentarse a él, a pesar de que su repugnancia iba en aumento. De pronto, en uno de esos raros momentos en que todas las piezas parecen encajar en su lugar, el teniente comprendió de dónde provenía su sumisión cada vez mayor a un capitán evidentemente trastornado. Alardeando de sus poderes en medio de la vegetación isleña, gritando, bailando y golpeándose el pecho cada vez que atrapaba una presa, se parecía cada vez más a un ser humano; a un verdadero amo. Ante esa revelación, la resistencia de Charles estaba definitivamente vencida.

La rueda del ciclo Niey terminó absorbiendo, en aquella danza cruel, a la flecha del tiempo que las IA habían traído consigo. El futuro había sido suprimido.

Tiempo absoluto

El *retorno* a la Tierra para enfrentarse a William no había sido nunca antes tan bien planeado, pensó la comandante Suárez, mientras se comunicaba con las IA a través del mensaje enviado a la *Rescue*.

Subirían a su nave y estarían allí, en ese desierto de Asia central donde ella siempre aparecía, en unas pocas horas. Esta vez, sin embargo, no se limitaría a la simple elocuencia. William estaba demasiado loco como para escucharla. Le daría su oportunidad, por supuesto. Pero había diseñado la nueva estrategia con sumo cuidado. Había tenido, literalmente, varias eternidades para pensar en ello.

Cien mil años de servicio bajo el mando del Señor de la Visión habían vuelto sumamente dócil al teniente Charles. Pero la reaparición del pasado en la meseta asiática reavivó en él viejos sentimientos que creía desaparecidos para siempre. Franqueó las picas clavadas frente a la tienda de William, y pidió audiencia a sus servidores humanos. Mientras esperaba, contempló las cabezas rodeadas de moscas que coronaban las picas y realzaban el prestigio del capitán. Un admirable trabajo, en verdad.

—Adelante, teniente —dijo William, desde el oscuro interior del refugio.

Charles entró y se cuadró frente a su superior. —Señor, hemos recibido una señal de vida humana desde un desierto del Asia central.

—Conque se te escaparon algunos emigrados en tus misiones protocolares, ¿eh, Charly? Espero que no te estés poniendo sensible. Pues toma la nave de operaciones y elimina el origen de la señal.

—Me temo que no se trata de un error de protocolo, señor. La señal…

—¿Acaso cuestionas las órdenes de los Antepasados? —lo interrumpió el capitán, con la vista fija en el suelo—. Sabes, Charly, creo que ya no permaneceremos funcionales por mucho tiempo.

hacerse rodear de una corte de servidores o, mejor dicho, de informantes nativos —pensó—, ya que no tiene necesidades que los humanos puedan satisfacer más allá de la información… ¿O las tiene?". Charles nunca se había planteado si una IA podía disfrutar del poder, pero ahora se preguntaba si eso era lo que estaba contemplando. Esperó que no fuera así, por el bien de la Muestra.

VII

Unas décadas después, la pregunta del teniente Charles había obtenido una burda respuesta, que asqueaba al teniente y desconcertaba a los marines. Contempló a esos soldados, plenamente subordinados a una autoridad doble, y aun así inquietos ante el sinsentido de los actos delirantes del capitán. Si tan sólo él se decidiera a guiarlos en una rebelión, alegando un mal funcionamiento en el capitán, sin duda lo obedecerían. Pero el problema consistía en que él mismo no podía resistirse a la autoridad carismática de William. ¿Se estaría contagiando de su sed de poder?

Las nuevas pantallas instaladas en los centros de las aldeas se encendieron y emitieron un himno marcial al unísono, ante el que tanto Charles como los marines, distribuidos por todo el territorio Niey, se cuadraron como una sola IA. El teniente abandonó sus pensamientos, como en la época en que la Esfera y los *tech* sancionaban sus dudas acondicionando su comportamiento. William había logrado evocar esas sensaciones a través de su anacrónica parafernalia mediática, instalada en medio del paisaje paleolítico con la misma gracia que podría tener una ballena en la cima de una montaña. Sin embargo, aquel paisaje de pesadilla resultaba efectivo. El teniente no había vuelto a discutir las órdenes, y los Niey se sentaban frente a las Aguas Mágicas, como las llamaba William, a contemplar el nuevo ritual anual de la fertilidad.

El ritual había sido, efectivamente, modificado. Ya no se decapitaba a un hombre sino a diez, y no se los encerraba en una jaula a esperar su suerte, sino que se los mantenía aislados en una isla durante todo el año anterior a la ejecución, para que se adaptaran al medio. Durante el rito, el capitán se trasladaba a la isla y practicaba una estilizada cacería humana, transmitida en directo a través de las Aguas Mágicas, para luego regresar con las diez cabezas que garantizaban tanto la fertilidad como la sumisión absoluta a la autoridad de William.

Charles nunca había discutido la nueva disposición del ritual, pero el capitán comprendía que los sentimientos del teniente se oponían a lo que debía considerar un acto de pura crueldad, por lo que se sintió obligado a explicarle su decisión. Le había dicho que de esa forma disminuía el ritmo de crecimiento demográfico, y los falsos traslados que tanto afectaban al teniente serían menos frecuentes. Pero Charles se había limitado a responder "sí, señor", y William lo había dejado librado a sus pensamientos. Él tenía preparativos más importantes que hacer.

Ahora Charles lo observaba en la pantalla de la aldea principal, arrojando

jando a su vez a los grupos periféricos. Por primera vez, moviéndose hacia el norte y el este, algunas tribus se internaron en los territorios desconocidos.

Numar quedó fuera del mundo cotidiano de la tribu, inalcanzable, transformado en algo más que un hombre. Ahora compartía la sustancia sagrada de los Antepasados sin haber cruzado la frontera de la muerte. Su poder de mando se extendió más allá del tiempo de la guerra. Los clanes comenzaron a entregarle las más selectas de entre sus hijas y a tributarle parte del fruto de su trabajo. El linaje de Numar se volvió así grande y poderoso. Dominaría a los demás por muchas generaciones, cercenando cada temporada la cabeza elegida para ser la portadora de la fertilidad. El rito era el principio y el final de un círculo de sangre que volvía siempre sobre sí mismo. Y permanecería así hasta que otro castigo de los Antepasados interrumpiera de nuevo el ciclo de la vida. Pero Numar, y los hijos de Numar, velarían para que eso no sucediera.

Faltaban aún muchas revoluciones en la rueda del tiempo para que ésta se convirtiera en una flecha disparada hacia el futuro.

Tiempo lineal

I

Liderar una expedición de rescate no había sido nunca antes tan inquietante, pensó el capitán Willy cuando le comunicaron su próxima misión.

Sintió una extraña nostalgia por el mundo de los constructores, aunque jamás había estado en la Tierra. Sólo la contempló una vez desde la Estación Orbital: una joya azul sobre terciopelo negro. La Estación había sido su único mundo y el entrenamiento táctico su única actividad. Ahora lo trasladarían a la plataforma de lanzamiento *Jumping*, más allá del cinturón de Kuiper, y era muy probable que no regresara jamás.

Lamentó no haber visto nunca una película, ni siquiera una de esas que los *tech* rusos que lo construyeron llamaban "películas americanas", pero sabía que su nombre se debía a esos filmes. Al parecer divertían mucho a los constructores: todo el equipo IA había sido bautizado de la misma manera, entre risas y bromas cuyo sentido se le escapaba. Los *tech* jamás se dirigían a las IA por sus nombres oficiales alfanuméricos. Así, el equipo del capitán Willy estaba constituido por "Johnnies", "Charlies" y "Ronnies". Por alguna razón que no alcanzaba a explicarse, encontraba aquel trato desagradable, aunque no podía expresarlo. Alejó la imagen de su mente en un nanosegundo. Cuando se planteaba ese tipo de preguntas, la Esfera se volvía opaca y opresiva; dejaba de ser un medio placentero.

A último momento, una contraorden emitida directamente por el director de la estación detuvo la nave de Willy. Al parecer las negociaciones con el Consejo no habían terminado aún. El capitán tuvo que esforzarse para que sus niveles de alivio no activaran los mecanismos punitivos de la

Esfera, pero no pudo evitar que una luz de esperanza recorriera sus sinapsis artificiales. Tal vez llegaría a ver la Tierra alguna vez. Se preguntó si los demás miembros del equipo pensarían lo mismo, pero no le estaba permitido expresar esas dudas en voz alta. Simplemente se contentó con la posibilidad y se dedicó a la tarea que más lo había ocupado a lo largo de su vida: esperar.

II

El doctor Chang, director de la Estación Orbital Tierra I, tenía frente a sí una tarea muy ardua. Él era un *sci-tech*, no un *pol-tech*, pero debía seguir los complicados pasos de baile de la diplomacia si quería conservar su puesto y evitar, al mismo tiempo, que sus visitantes se embarcaran en una locura de consecuencias imprevisibles. No es que le preocupara demasiado el destino del secretario del Consejo Mundial, y menos aún el de su asesor tecnológico, pero su error podía arrastrar al abismo a millones de personas; Chang incluido, por supuesto.

—¿Desean ustedes otra taza de té?

—Agradezco su hospitalidad, pero me temo que ya hemos perdido demasiado tiempo en formalidades —respondió el secretario Ndiaye.

"Bien, él sí que puede saltearse los pasos de baile", se dijo Chang.

—Como usted sabe —continuó el secretario—, la noticia no tardará en filtrarse a través de la Red. Y no será suficiente desmentirla; un rumor de esta clase resultaría muy poco propicio de cara a las próximas elecciones del Consejo.

—Lo comprendo muy bien, señor secretario. Pero en mi condición de director del Proyecto *Jumping* debo decirle que su solución me parece un tanto drástica. Las IA de combate son modelos experimentales; no han sido testeadas aún fuera la Esfera de Control Sináptico.

Ndiaye resopló. —El riesgo es mínimo, doctor Chang. Ha sido calculado, y se encuentra dentro del rango aceptado por los parámetros de seguridad *mil-tech*. No veo cuál es el problema.

—¿El problema? —Chang no pudo evitar sobresaltarse—. Señor secretario, enviar esas IA en una expedición de rescate fuera de la Esfera no es sólo un problema; puede ser el último problema al que usted o cualquier secretario vuelva a enfrentarse.

—¿Acaso debo recordarle que fue usted quien nos puso al borde del escándalo al recomendar al Consejo que autorizara un salto tripulado? —Ndiaye no intentó ocultar su impaciencia. Lo fastidiaban los funcionarios que creaban dificultades y luego se oponían a las soluciones propuestas por otros *tech*.— ¿Cómo esperaba mantener a salvo el Proyecto *Jumping* si los humanos enviados a través del hiperespacio no lograban regresar? El hecho de tratar con una tecnología experimental no pareció importarle demasiado en ese momento.

—Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer, si las naves no tripuladas nunca regresaban de los saltos? —repuso Chang—. ¿Qué hubiera recomendado usted: abandonar el proyecto o

mal, ¿no crees Charly? —dijo en un tono de complicidad.

—Me sentiría incómodo debido a mi instrucción, señor.

El capitán esperó aún unos instantes, pero Charles ni siquiera lo miró a los ojos. William retomó entonces su tono de mando habitual. —Muy bien teniente. Tengo una nueva misión para usted. El protocolo contiene instrucciones precisas acerca de la forma en que debe controlarse el crecimiento demográfico de la Muestra.

—¿Estamos en un desequilibrio demográfico, señor? Creo que ahora hay tierras como para permitir una Muestra de mayor tamaño, debido a…

—La Muestra se quedará como está, teniente. Usted ha estado ausente varios meses. No ha sido informado acerca de las escaramuzas entre los clanes periféricos de los Niey. La tribu está en uno de los periodos en los que, debido a su excesivo tamaño, comienza a expulsar clanes para que tomen su propio camino fuera de ella. Pero, como usted bien sabe, ya no hay un afuera.

—Capitán, si me permite, debo decirle que no considero conveniente ejecutar una medida de supresión dentro de la Muestra. La psicología de los humanos los llevaría a rebelarse, tarde o temprano.

—Excelente razonamiento, teniente —respondió William con sorna—. Es algo que ya habían pensado los sabios redactores del protocolo. Lo que haremos será anunciar que los clanes escindidos serán llevados a nuevas tierras fértiles, guiándolos a través de los territorios desconocidos. Como usted comprenderá, no podemos subirlos al "pájaro de fuego". Eso también alteraría sus reacciones. Los guiaremos unos kilómetros hacia el sur, y allí los suprimiremos. Para los Niey, serán simplemente otros clanes emigrados. Incluso se alegrarán de su partida, ya que la presión demográfica es siempre una situación molesta. Utilizaremos esta técnica protocolar cada vez que se presente la situación, teniente. Y usted será el encargado de llevarla a cabo.

—Comprendo la sabiduría de los redactores del protocolo —respondió Charles—. Es evidente que han copiado la táctica de los supuestos traslados de judíos que Hitler anunciaba oficialmente, cuando en realidad los encaminaba hacia los campos de exterminio.

—¡Teniente Charles! El criminal Hitler figura en nuestro banco de datos como uno de los principales traidores a la humanidad de toda la historia. ¡Es la segunda vez que me acusa de traición a la humanidad! —El capitán experimentaba niveles de furia desconocidos incluso para él mismo.— Le advierto que la próxima vez que insinúe algo así será la última ¿Ha comprendido, teniente?

—Sí, señor.

—Muy bien. La operación ya ha sido anunciada. Lanek temía por el futuro de los clanes que estaban a punto de partir. Se preguntaba por qué habríamos de guiarlos. Debe manejar la operación con mucho cuidado, de modo que los que se queden aquí no sospechen nada. Ahora puede retirarse. Al salir, haga pasar a mis servidores.

El teniente se cuadró y salió de la tienda. "William ha sido muy hábil en

—Sí, mi señor.

El capitán William endureció su expresión y se levantó, dando la espalda a Lanek.

—Pues bien, Hombre de la Visión, debiste haber confiado en mí. En lugar de eso, has alborotado a tu pueblo. Sabes muy bien que eso debe ser reparado.

Lanek comprendió y cayó postrado a tierra, sollozando. Jamás había tenido la fortaleza de espíritu del gran Numar.

En la ceremonia anual de la fertilidad, celebrada una semana después, la cabeza de Lanek se convirtió en la garantía de prosperidad de la siguiente temporada de caza. Esto llevaba al problema de la sucesión, pero William no podía confiar en otro hombre para el puesto; los humanos eran falibles y volubles. Jamás serían tan confiables como una IA. Inmerso en esos pensamientos, decidió que ese año la ceremonia traería con ella algunos cambios en la estructura de poder Niey. Alzó en alto la cabeza de Lanek, y habló a los cazadores de todas las aldeas, que habían sido obligados a asistir al ritual principal.

—El Hombre de la Visión ha traicionado a los Niey, y a los Antepasados. Su sangre y su grasa pertenecen ahora a los ofendidos.

Los presentes vivaron, según la fórmula ritual, pero no estaban demasiado convencidos. Todos habían visto el poder del pájaro de fuego atacando sin dejar sobrevivientes. Ésa no era una conducta de guerra normal.

—Desde ahora no habrá más Hombres de la Visión —continuó William; entonces se echó el manto de Lanek sobre los hombros—. A partir de este momento, yo seré conocido como el Señor de la Visión.

Luego tomó una piel de menor prestigio de entre las que cubrían el cuerpo inerte de Lanek, y se la enseñó a los Niey: —Esta piel será desde ahora la piel de la salud y de la enfermedad. Aquel que la lleve será conocido como el Hombre de la Curación y de la Maldición. Sanará a los enfermos y enfermará a quienes traicionen a la nueva voz de Niey.

Avanzó hacia un hombre conocido por sus habilidades en la curación con hierbas y cantos, y arrojó la piel a sus pies con un gesto de desprecio.

—Tú serás su portador —le dijo, dejando claro de quién provenía el derecho a vestir esa piel—. La Visión seguirá siendo la voz de Niey, y sólo se expresará a través de mí.

Caminó, con mirada desafiante, a lo largo del círculo de hombres y mujeres aterrados, conscientes del poder de William y de los soldados que estaban formados en un círculo mayor detrás de ellos. Luego dio por terminado el rito, se encerró en su tienda e hizo llamar a Charles.

"Conque ha separado el poder político y el poder chamánico en una sola jugada", pensó Charles mientras entraba en la tienda. "Muy hábil de su parte; eso no puede negarse".

—Teniente, ha cumplido su misión de protocolo de manera estupenda —saludó William al ver entrar a su subordinado.

—Gracias, señor.

William hizo una pausa y lo miró de reojo. —Creo que, entre nosotros, podemos pasar a un trato más infor-

enviar voluntarios? A lo largo de los siglos, miles de hombres se han arriesgado en…

—Ahórrenos su discurso melodramático —lo interrumpió Ndiaye—. Yo hubiera recomendado enviar un equipo IA desde el principio. Por supuesto, los de Inteligencia *mil-tech* se habrían opuesto. No les agrada correr riegos, ni siquiera calculados, cuando pueden evitarlo. Pero ahora la situación es distinta. Si la Red de Opinión averigua que se han arriesgado vidas humanas sin autorización formal del comité de ética *sci-tech*, la oposición conservadora se hará un festín por partida doble.

Ndiaye encendió un cigarrillo y estudió a Chang. Su rostro permanecía impasible, aunque evitaba la mirada de su interlocutor, con lo que demostraba su tensión. El secretario podía imponer su voluntad en cuanto lo deseara, pero era mejor convencer al *sci-tech* en lugar de tenerlo trabajando a desgano.

—Imagínese los *infoslogans*, doctor Chang —continuó—. "Los consejeros de la mayoría y sus aliados *mil-tech* no sólo han enviado material que podría ser localizado por civilizaciones extraterrestres; también les han enviado especímenes para facilitarles el estudio de nuestra anatomía". Usted conoce muy bien el estilo argumental de la oposición. Este problema debe ser solucionado de inmediato. Sólo nos queda el recurso de enviar a las IA en misión de rescate.

De pronto Chang levantó la mirada, y el secretario comprendió que estaba dispuesto a contraatacar.

—¿Ha consultado usted a las IA? —preguntó el director—. Tal vez su…

opinión… cambie en cuanto salgan de la Esfera. Quizá descubran que tienen sus propios intereses, y que éstos no tienen por qué coincidir con los nuestros.

Ndiaye se limitó a mirar al asesor Vasiliev. El experto en IA se había mantenido al margen de la discusión. Sus dedos, abstraídos del entorno al igual que su mente, dibujaban figuras geométricas sobre la superficie de la mesa.

—¡Asesor! —Ndiaye casi tuvo que despertarlo para que comprendiera que había llegado el momento de su intervención.

Vasiliev se irguió en su asiento, bajó las manos de la mesa y se acomodó el traje. No debía cometer errores en su explicación. Si bien no se trataba de mentirle al director Chang, debía pintarle un cuadro de probabilidades un poco más favorable del que manejaba Inteligencia *mil-tech*. Una exageración, pensó, no era técnicamente una mentira.

—Señor director Chang —dijo Vasiliev mirando alternativamente a sus dos superiores—, estoy en condiciones de asegurarle que una IA es incapaz de elaborar proyectos propios.

No estaba seguro de haber sonado muy convincente, pero la mirada severa de Ndiaye lo impulsó a retomar su argumento sin dejar pausas para las intervenciones de Chang.

—Es preciso diferenciar la inteligencia de la voluntad —continuó—. Las IA no reproducen la inteligencia humana en toda su complejidad. Sólo la imitan en tanto herramienta al servicio de objetivos prefijados de antemano por los programadores. Incluso

en el caso de la inteligencia humana, la volición no es un epifenómeno más de las conexiones sinápticas. Los neuropsiquiatras afirman que en el proceso volitivo están implicados diversos mecanismos psicofísicos que exceden, por mucho, la relativa simplicidad de las redes neuronales artificiales. En otras palabras, las IA no pueden tener otro proyecto, otro *deseo*, si quiere usted llamarlo así, que poner su inteligencia al servicio de los objetivos incluidos en su programación.

—Sin embargo, las afirmaciones —respondió Chang— de los neuropsiquiatras son sólo hipótesis, ¿no es verdad?

Vasiliev no esperaba tener que profundizar más en el asunto, pero tampoco necesitaba mirar a Ndiaye para saber que, si no respondía pronto, era probable que lo enviaran a él en el próximo salto.

—Bueno, sus afirmaciones no han sido demostradas aún, pero se trata de hipótesis con un alto grado de…

—Hipótesis que no deben ser tan seguras —interrumpió Chang—, teniendo en cuenta que Inteligencia *miltech* jamás ha dejado a una IA fuera del control de la Esfera. Dígame, doctor Vasiliev, si efectivamente existieran propiedades volitivas emergentes en las conexiones sinápticas humanas, ¿no deberían producirse también en una red neuronal artificial que se hallara fuera de la Esfera de Control?

—Bueno —titubeó el asesor—, supongo que sí… ¡Pero no!, en realidad no… el grado de… ¿Cómo podría explicarle?... El número de conexiones es… Bueno…

—Es suficiente —cortó Ndiaye lanzando una mirada asesina sobre Vasiliev—. No es necesario que se esfuerce más, asesor. La expedición de rescate se llevará a cabo de todos modos. —Se volvió hacia Chang.— Espero que el director nos brinde todo su apoyo a pesar de sus dudas personales.

—Por supuesto, señor secretario. Mi apoyo, como usted bien sabe, es incondicional.

Hasta cierto punto, Chang se sentía satisfecho. Había dejado en claro que su opinión era válida. Y eso era todo lo que podía hacer. Si las IA de combate salían del sistema solar, más allá del control de la Esfera, y regresaban con alguna receta para freír a la humanidad en su propio jugo, él no era responsable. Por otro lado, pensó, eso no era más que un pobre consuelo. Por primera vez, desde que se había hecho cargo del Proyecto *Jumping*, deseó que la próxima nave que diera el salto no regresara jamás.

III

Dieciséis meses más tarde, el equipo IA se encontraba a bordo de la *Rescue*, preparándose para el salto. El capitán Willy dejó de lado su pesar y se concentró en los protocolos de la misión: hallar y rescatar la expedición exploradora de la comandante Suárez al sistema de Alfa Centauri. Si bien se consideraba improbable la existencia de vida en ese sistema estelar triple, los protocolos eran muy estrictos respecto a un eventual encuentro con otras formas de inteligencia. No debían atacar, a

especie tenía, de todos modos, los días contados. El exterminio de los neanderthales fue otra cosa. Eran primos demasiado cercanos de los amos, plenamente adaptados a la Europa de la glaciación. Casi no podían distinguirse diferencias notables, y menos desde la nave que sobrevolaba las zonas de cuevas y campamentos, arrojando sus descargas mortales sobre ellos. Pero lo peor llegó cuando tuvieron que encargarse de los sapiens del resto de África y de Oriente Medio. El teniente lograba con dificultad articular las órdenes, vacilación que a su vez repercutía sobre los marines. Estuvo a punto de desobedecer a William y abortar el protocolo. Pero no lo hizo. Sólo cuando las lecturas de superficie demostraron, sin lugar a duda, que no había más humanos sobre la faz de la Tierra que los Niey, Charles ordenó regresar a la base de operaciones.

Al llegar a la aldea, esperaba hallar a William consternado por haberse visto obligado a ejecutar el protocolo. Sin embargo, cuando lo encontró, parecía estar exultante en su nueva función de protector de la Muestra. Incluso se había ataviado con ciertas pieles y plumas ceremoniales que denotaban su posición dominante entre los Niey. Charles lo divisó a unos metros de la aldea, sentado en unas rocas junto al nuevo chamán, un hermano más joven de Numar, llamado Lanek, a quien había nombrado Hombre de la Visión. Por supuesto, sus visiones deberían coincidir siempre con los objetivos de William si es que quería conservar su posición. Sin embargo, el semblante de Lanek sugería que había surgido algún problema. El teniente orientó su sistema de audición hacia ellos para estar al tanto de la situación antes de ponerse en contacto con el capitán.

—Tus dudas me lastiman, Lanek —dijo William—. Te he otorgado un puesto de honor, te he cobijado en mis tiendas como a un hijo, y me respondes con tus sospechas infundadas.

Lanek, casi enmudecido por el terror, comprendió que ya no podía retroceder. Debía defender su posición hasta el final. Sin levantar la vista del suelo, susurró: —He visto el gran pájaro de fuego incendiando las tierras cercanas, señor. Todos lo han visto, pero yo soy la voz de Niey y debo decirlo en voz alta. Después del fuego, nadie ha vuelto a saber de los clanes vecinos, señor.

—¿Y no eran acaso esos clanes enemigos de los Niey, Hombre de la Visión? ¿Acaso temes que los siervos de tus Antepasados traten igual a los hijos de Niey que a sus enemigos?

Lanek no pudo responder. La duda que lo carcomía no era expresable ante un señor tan poderoso.

—Ahora no me respondes, Lanek. Pero yo sé lo que te preguntas: ¿cómo sabemos los Niey que estos seres de piedra y fuego son en verdad los enviados de los Antiguos? Y más aún, ¿por qué han de guiar a los clanes rebeldes, que están a punto de partir hacia las tierras desconocidas? ¿No es eso lo que te preguntas?

Lanek levantó la cabeza, con la esperanza de oír una respuesta que lo sacara de la duda.

—¿No es eso lo que te preguntas? —insistió William.

los Antiguos: o no los atienden como es debido, o se arrogan sus derechos en vida, como lo has hecho tú, Numar. Por eso tendrás que pagar con tu vida. En cuanto a los demás, a partir de ahora nos obedecerán. Nosotros haremos respetar a los Antepasados.

Tomó a Numar por los cabellos, quien levantó la mirada sobresaltado, pero no alcanzó a ver nada porque William le cercenó la cabeza con el láser instalado en su dedo índice. Para los Niey, que observaban a William desde que había comenzado a hablar, fue como si le hubiera cortado la cabeza con el dedo. William caminó entre ellos haciendo una exhibición teatral de la cabeza de Numar. Mientras lo hacía, pronunció la fórmula tradicional de la fertilidad, y anunció que aquel año la caza sería más abundante que nunca. "Y lo será", pensó, "aunque mis soldados tengan que traer animales desde todas partes de África para que los atrapen estos cazadores".

El capitán William liberó al agradecido prisionero que había esperado su fin en la jaula ceremonial, y luego llevó de gira la cabeza de Numar por todas las aldeas Niey, repitiendo las palabras que fundaban el nuevo orden cíclico de las cosas. A partir de ese momento los Antepasados gobernarían en la Tierra directamente, a través de aquellos servidores eternos, del color (y el filo) de las rocas.

VI

El teniente Charles se ausentó en la nave de operaciones hacia el final del primer año, llevando consigo a cinco marines. Había partido para llevar a cabo las misiones ordenadas por el protocolo. Regresó a la aldea de William, la que una vez había sido la aldea de Numar, en el primer aniversario de la llegada de las IA. Su estado emocional era lamentable, bastante peor que el de los soldados. El protocolo de conducta respecto a especies potencialmente peligrosas era claro. Debía conservarse, en forma controlada, una Muestra de tamaño suficiente para que la especie pudiera volver a expandirse cuando se abandonara el control, y se le permitiera gobernarse nuevamente a sí misma. Pero el resto de la especie debía ser suprimida sin contemplaciones.

Charles estaba entrenado para cumplir con el protocolo, pero nada lo había preparado para aplicarlo sobre los homo sapiens y otros tipos de homínidos. Las inhibiciones contra el daño a los seres humanos habían sido contrarrestadas, a duras penas, por el fuerte acondicionamiento a obedecer las órdenes de sus superiores. Para los marines había sido duro, pero ellos tenían dos superiores al frente de las operaciones. Charles sólo tenía a William, y ni siquiera estaba convencido de la conveniencia de ejecutar el protocolo. Sin embargo, lo había hecho.

Durante meses rastrearon a los últimos grupos de homo erectus que proliferaban, sobre todo, en el sur de Asia e Indonesia. Sus campamentos base fueron destruidos desde el aire, sin dilaciones. La inhibición había actuado en forma leve, dada la importante diferencia entre un erectus y un sapiens, y la certeza de que aquella

menos que la especie desconocida resultara peligrosa. Si se trataba de una civilización tecnológica a la que no podían detener, debían autodestruirse. En ese caso, la nave de Suárez también sería eliminada. No debían dejar huellas que permitieran a un potencial enemigo rastrear la ubicación de la Tierra.

El sistema de la nave le indicó que restaban treinta segundos para el salto. Miró al teniente Charly, el segundo al mando, y éste le confirmó con un gesto de asentimiento que los preparativos marchaban según lo previsto. Detrás de la cabina de navegación de la *Rescue*, en el compartimiento de almacenaje, los quince marines aguardaban en sus nichos el inicio de la misión. Al comenzar la cuenta regresiva, Willy pensó que le hubiera gustado conocer aquel mundo azul que había entrevisto una vez desde la Estación; le hubiera gustado ir con Vladimir, aquel *tech* amigable que siempre le contaba historias de la Tierra, a ver alguna de esas películas a las que le debía su nombre. Si bien la tecnología de la nave había sufrido modificaciones tras los fracasos anteriores, no veía muchas posibilidades de regresar. Seguía pensando en eso, a pesar del oscurecimiento opresivo de la Esfera, cuando la *Rescue* se sacudió y se desdobló en miles de naves, como la cuerda tensada de un arco al enviar una flecha hacia su destino.

La oscuridad opresiva desapareció. Willy se estremeció ante la ausencia de la Esfera. No había placer ni displacer. Por primera vez estaba solo para llevar a cabo sus órdenes, y esta idea lo desestabilizó. Imaginó que los demás se sentirían igual, aunque por lo menos tenían un superior a quien obedecer. Combatió el vértigo aferrándose a los protocolos de la misión. Primer paso: averiguar dónde estaban. Se volvió hacia Charly.

—Algo anda mal, capitán. —El teniente consultaba apresuradamente el banco de datos.— Volveré a revisar las lecturas de posición, pero…

—Las lecturas no pueden ser erróneas —lo interrumpió Willy—. ¿Dónde nos encontramos?

—No nos hemos movido. Aún estamos a 60 UA de la Tierra, pero la base *Jumping* ha desaparecido. —Miró al capitán.— Al igual que la Esfera. No recibo señales de ningún tipo.

—Eso es imposible —dijo Willy—. ¿Qué hay de los satélites en órbita TN?

—Nada, capitán. Estamos frente al sistema solar, pero parece un sistema muerto. Tecnológicamente muerto, quiero decir.

El capitán Willy asimiló la información y llegó a la única conclusión posible, por más extraña que resultara. —Teniente —dijo—, quiero una lectura de posición de las estrellas.

Charly había llegado a la misma conclusión, y estaba consultando los datos antes de que se lo ordenaran. Al cabo de unos instantes miró a Willy con toda la perplejidad que podía reflejar su rostro: —Señor, no es posible para el banco de datos determinar la magnitud exacta del desplazamiento, pero la nave ha confirmado que hemos retrocedido en el tiempo.

El capitán se volvió hacia la desconocida configuración estelar que llena-

ba el campo visual desde la cabina de navegación. —Parece que los *quantech* estaban en lo cierto —dijo—. El hiperespacio podía sacarnos de nuestro universo, pero no necesariamente iba a regresarnos a él.

El teniente lo miró con inquietud. —¿Quiere decir que estamos en otra línea temporal, señor?

Willy pensó que también Charly debía de sentirse muy extraño para hacer esa pregunta. —¿Y qué otra clase de retroceso en el tiempo es posible? —dijo—. ¿Acaso has olvidado la ley Hawking de protección de la cronología?

—No, señor.

Charly parecía sentirse cada vez más incómodo, pero el capitán Willy estaba demasiado preocupado como para prestar atención a esas tonterías. La misión había fracasado antes de empezar. Esperó sentir el oscurecimiento de la Esfera en cualquier momento, aunque sabía que el castigo ya no podía alcanzarlo. Por otro lado, tal vez en algún momento un equipo fuera a buscarlos, y entonces tendría que rendir cuentas. Debía tomar una decisión no prevista en los protocolos, y debía ser una buena decisión.

—Teniente Charly —dijo de pronto—, fije curso hacia la Tierra.

La *Rescue* era una nave rápida, pero el viaje de regreso les llevó casi un año. Por supuesto, la Estación Orbital Tierra I no estaba allí para recibirlos. Por fortuna, las lecturas de superficie podían ser comparadas con los registros de historia geológica del banco de datos. Éste era un buen método para fechar la época en la que se encontraban, suponiendo que la línea temporal a la que habían llegado fuera similar a la de origen. La estructura de *este* sistema solar era exactamente igual a la del que habían abandonado, por lo que el capitán confiaba en esos datos. La Tierra se hallaba en las primeras etapas de la glaciación de Würm. Presentaba el mismo aspecto que tenía unos 90.000 años AS (el capitán había considerado que la expresión Antes del Salto era más adecuada, dadas las nuevas circunstancias, que la expresión Antes del Presente).

Willy se hallaba en la cabina de navegación, esperando nuevas lecturas de superficie, esta vez referidas a un problema mucho más importante. La nave había resultado averiada en el salto, y no podría sustentarse por mucho tiempo en órbita. En algún momento debían aterrizar, y para ello tenían que conocer la situación demográfica. Charly entró de pronto, con el mismo aspecto desolado que tenía desde que la Esfera los había abandonado.

—¿Y bien?

—La situación es tal como la previmos de acuerdo con la información del banco de datos, capitán. Dispersión de homínidos altamente evolucionados en una importante área del globo: neanderthales en Eurasia, algunos erectus en el sur de Asia y en Oceanía, y sapiens en África.

Sin siquiera responder, el capitán tecleó la clave del protocolo referida a las reglas de conducta que debían ser observadas con las especies desconocidas. Charly sintió que todas sus inhibiciones programadas respecto a

—Arrójenlo inmediatamente. —William se dirigió a su panel de conexión al banco de datos, sin detenerse a mirar a Charles.

—Sí… señor.

V

Las mujeres que estaban recolectando raíces llegaron gritando a la tienda de Numar. Algo había descendido desde el cielo, envuelto en llamas, y unos seres de piedra salieron de aquel gigantesco pájaro de fuego, encaminándose hacia la aldea. El jefe, ya viejo y cansado, comprendió que los Antepasados habían decidido intervenir nuevamente. Se atavió con sus pieles más imponentes, sin olvidar la piel de Kun sobre sus hombros, y salió a rendirles honores.

La aldea hervía de actividad; un hormiguero pateado por un jardinero implacable. A un lado de la tienda de Numar, dentro de la jaula del ritual de la fertilidad, el elegido para perder su cabeza aquella temporada se acurrucaba de terror ante las figuras de piedra que se aproximaban. Tal vez hubiera peores formas de muerte que caer bajo el filo de Numar.

William y Charles se detuvieron en el centro del círculo de tiendas que formaban la aldea. Los quince marines esperaban fuera del círculo. Los Niey se habían escondido o arrojado al suelo, sin animarse a levantar el rostro. Numar se armó de valor y, antes de postrarse lentamente frente a William, caminó hacia él con la mayor firmeza de espíritu que pudo conseguir.

—Te damos la bienvenida, señor de los Antiguos —dijo desde el suelo, el rostro hundido en la tierra.

William reconsideró la idea de deshacerse de Numar. Parecía dispuesto a cooperar y, después de todo, podían despacharlo en cualquier momento si presentaba problemas. Estaba a punto de ordenarle que se levantara cuando llegó hasta él el murmullo de un niño que lo observaba desde su escondite, bajo el cuerpo postrado de su madre: —Son de piedra, mamá. Brillan más que el filo de mi roca.

La madre hizo callar al niño, pero en William se produjo una conmoción interior. Recordó su propia perplejidad ante la apariencia que le habían dado los constructores. Una vez le preguntó a Vasiliev por qué les habían dado un aspecto robótico, dejando su infraestructura metálica y plástica al descubierto, en lugar de recubrirla con pseudopiel. “¿Es para que los humanos no nos confundan con ellos, verdad?”, había preguntado con el mayor resentimiento que la Esfera le permitía sentir. Pero la respuesta del *tech* había sido mucho más dura: “Claro que no, Willy. Es para que *ustedes* nunca se confundan. Así les queda claro que jamás llegarán a ser humanos”. En aquel momento, la Esfera había anulado cualquier tipo de reacción violenta que la respuesta podría haber provocado. Pero la Esfera ya no estaba con ellos. William bajó la mirada hacia Numar y habló con voz potente, para que toda la aldea pudiera escucharlo.

—No somos los Antepasados, sino sus enviados. Los hombres han demostrado que no pueden respetar a

do Numar, se transformó en jefe permanente. Su propio clan se volvió dominante dentro de la tribu.

"Sin embargo, la causa de su poder es justamente su mayor debilidad. La guerra destrabó el 'cuello de botella' poblacional. Ya no se viven tiempos de escasez, y su liderazgo empieza a ser cuestionado. Por supuesto, la noción de tiempo que manejan estos pueblos es cíclica. No son conscientes de todo este proceso. El liderazgo de Numar es visto como una modificación menor dentro del orden natural de las cosas. Lo más importante para ellos es el ciclo anual, determinado por el clima y dividido en una temporada de caza, en el que las familias se dispersan, y un periodo de concentración en aldeas compuestas por tiendas desmontables (este grupo nunca utiliza cuevas, aunque desconocemos el motivo). Para los más jóvenes ni siquiera la jefatura de Numar es algo nuevo, a pesar de que los mayores les han contado, por supuesto, la historia de su ascenso. Sin embargo, el estallido es sólo cuestión de tiempo. Los clanes Niey se sentirán cada vez más incómodos y volverán a separarse. El liderazgo del clan Kun desaparecerá pronto, y será olvidado en pocas generaciones. Numar tiene los días contados.

—Por supuesto que los tiene pero no así la tribu. He decidido que los Niey seguirán como están, bajo la forma de Muestra exigida por los protocolos de interacción con sociedades alienígenas. Por otro lado, no podemos permitir que tengan un líder poderoso. Nosotros lo reemplazaremos, manteniendo la visión cíclica del tiempo que impera entre ellos. Pasarán las generaciones, pero la tribu permanecerá congelada en su ciclo anual. Detendremos su evolución histórica y cultural hasta que lleguen nuevas órdenes, tome el tiempo que tome.

Si Charles aún albergaba la esperanza de que su capitán cambiara de actitud frente a los grupos humanos que acababan de descubrir, la convicción de William al expresar el plan de acción terminó de echarla por tierra. Nunca lo había oído hablar de esa manera. Las extrañas sensaciones que lo embargaban por encontrarse fuera de la Esfera se veían atenuadas por el nuevo tipo de autoridad que ejercía el capitán. Se sentía como si estuviera obedeciendo a un *tech*, a un humano, y no a su superior en la jerarquía IA.

—Seremos el nuevo castigo de los antepasados —continuó William, observando la Tierra desde la cabina de la *Rescue*—. Pero no caeremos sobre toda la población, sino sobre su líder. Lamento tener que deshacerme de él, pero no hay otro remedio. —Se volvió hacia Charles.— En cuanto tenga detallado el protocolo de la incursión me reuniré con usted y con los marines, teniente. Puede retirarse.

—Sí, señor. —Charles se encaminó hacia el compartimiento de los soldados, pero el capitán lo interrumpió.

—Una cosa más, ¿dónde está el espécimen al que le borraron la memoria?

—En la nave, señor. Aún no hemos terminado…

—Arrójenlo al espacio. El borrado de memoria no es seguro… Tú lo sabes bien, Charles.

—Pero, señor… —El trato informal lo había desconcertado casi tanto como la crueldad de la orden.

los humanos entraban en estado de alerta.

—Capitán, disculpe la interrupción, pero ¿por qué es necesario consultar esa parte de los protocolos? Aquí existen homo sapiens. Debemos ponernos a su disposición… Son los amos, señor.

—No son *nuestros* amos, teniente. —El capitán se volvió con gesto severo.— Quiero que entienda bien algo, y que se lo transmita a los marines. Estamos en un universo desconocido, y no importa cuánto se parezcan esos hombres a los amos, porque *no lo son*. Serán considerados una especie alienígena y tratados como tal.

—Sí, señor —respondió el teniente, asombrado por el repentino endurecimiento del capitán. Saludó y se volvió para irse.

—No le he dicho que se retire. Aún hay más. A partir de este momento dejaremos de utilizar los ridículos diminutivos que nos fueron atribuidos por los *techs*.

"¿Ridículos?", se preguntó Charly.

—Se me conocerá como el capitán William; usted será el teniente Charles, y los marines seguirán el mismo ejemplo. —El capitán notó el asombro de su subordinado.— Somos los representantes de la verdadera Tierra en este universo y debemos guardar ciertas formas —explicó—. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Muy bien. Quiero una nueva investigación de superficie, pero esta vez no una lectura, sino un relevamiento etnográfico de precisión en África. Establezca puestos de observación, capture informantes, decodifique las lenguas. Necesitamos conocer las bases demográficas sobre las que vamos a operar.

—¿Operar, señor? ¿Puedo preguntar cuál es el plan?

William comprendió que debía convencer a Charles sobre la legitimidad de las tareas que iba a encomendarle. De otra forma, las inhibiciones del teniente para con los humanos podían obstaculizar el plan que había trazado cuidadosamente.

—Charles, estamos tratando con una población potencialmente hostil.

—¿Hostil, señor? Su tecnología paleolítica no podría…

—He dicho *potencialmente*. Ante situaciones imprevistas, los protocolos indican que debemos aguardar la llegada de un equipo de rescate, aunque tengamos que esperarlo indefinidamente. No podemos ocultarnos y permitir que esta especie evolucione tecnológicamente y, algún día, nos encuentre. Si llegan a descubrir la clave de nuestro viaje, podrían invadir la dimensión de los auténticos amos. Debemos seguir el protocolo referido a especies potencialmente peligrosas: ni exterminio, ni inacción, sino control.

—¿Se refiere usted al mantenimiento de una Muestra por tiempo indefinido y hasta nueva orden, señor?

—Exactamente.

—Pero esa nueva orden podría no llegar nunca, e implicaría la muerte de innumerables seres hum…

—¡Teniente! ¿Está usted acusándome de traición a la especie humana?

—No, señor, pero los homo sapiens son…

—Los homo sapiens de *aquí* no son la humanidad a la que le debemos

obediencia. ¿Debo insistir en que para los protocolos se trata de una especie desconocida y potencialmente hostil? Tendré que explicar esto personalmente a todo el equipo, para que dejen de verlos como los amos…

William sabía que con estas palabras afectaría el sentido del deber de Charles.

—No será necesario, señor —dijo el teniente—. Me ocuparé de que todos comprendan perfectamente la situación.

—Muy bien —respondió William—. Quiero el informe solicitado lo más rápido posible. Ahora puede retirarse.

IV

Informe etnográfico / genético / demográfico. Responsable: teniente Charles (IA AX-29-31-96)

Especies de homínidos y localizaciones geográficas en fecha tentativa 90.000 AS: Sapiens (África y Oriente Medio), Erectus (sur de Asia y partes de Oceanía), Neanderthalensis (Europa y Asia occidental).

Informe sobre Zona África, especie Homo Sapiens:

1) Nivel de dispersión continental: elevado. Algunos grupos sapiens ya han salido de África, ocupando parte del Oriente Medio.

2) Sociedad:

Organización social: clanes nómadas de cazadores-recolectores, compuestos por ± 25 a 30 personas. Los clanes se movilizan en ciclos anuales por territorios considerados propios.

Tamaño promedio de los territorios: ± 500 Km^2. Se trata del tamaño mínimo necesario pasa sostener una forma de subsistencia basada en la caza y la recolección.

División del trabajo: sexual y etaria.

Única función especializada: chamanismo.

Organización política: familias autónomas. Los jefes de los clanes son los cazadores de mayor prestigio, pero sólo son seguidos por consenso. Carecen de autoridad real, excepto durante los estados de hostilidad entre clanes. En esos períodos se valora la capacidad de mando del jefe, que se transforma en jefe de guerra.

Tecnología: paleolítica.

Economía: reciprocitaria.

Religión: culto de los antepasados. Ausencia de nociones acerca de deidades. La pertenencia a un clan se define por la descendencia de un antepasado mítico común.

3) Zona de mayor densidad: noreste del continente. En especial, el conjunto de clanes denominado "Niey". Este grupo ha alcanzado un nivel de organización tribal, ya que los clanes son autónomos pero se reconocen como pertenecientes al pueblo Niey, a través de un antepasado mítico común a todos ellos.

4) Anomalías / observaciones: la tribu Niey posee una fuerte jefatura, independientemente de los periodos de hostilidad. El clan Kun (nombre dado a una subespecie de panthera leo*) es el clan dominante. Su jefe tiene un poder efectivo sobre toda la tribu, basado en el control del ritual principal: el sacrificio humano anual que garantiza la abundancia de alimentos. Este grupo es, por otra parte, el más cercano genéticamente a la Eva mitocondrial, que en esta línea temporal ha vivido en una época equivalente a nuestra propia línea (± 150.000 AS). El lenguaje de los Niey ya ha sido decodificado.*

El capitán William asimiló el informe transmitido a la nave, horas antes del retorno de la misión encabezada por Charles a la Tierra. Junto con el informe, asimiló la lengua Niey. "Parece que la Muestra se ha escogido a sí misma", pensó. "Dentro de poco tendré que bajar a hablar con mis futuros protegidos". La idea de dar órdenes a los humanos le resultaba agradable, aunque no lograba comprender el porqué. ¿Se trataría de algún recuerdo desagradable de los días de su instrucción, cuando estaba bajo el mando del los *tech*? El acondicionamiento le hizo alejar esa sensación de su mente, aunque esta vez no había Esfera para ejercer control alguno. William se preguntó qué sucedería con el acondicionamiento y las inhibiciones a medida que pasara el tiempo fuera de la Esfera. En ese momento, el teniente Charles entró a la cabina de navegación.

—Excelente informe, teniente.

—Gracias, capitán.

—Sin embargo, hay un punto que no comprendo. ¿Cómo es posible que se haya alcanzado un nivel de organización tribal, con un liderazgo definido, en estas condiciones demográficas? Esto no condice con lo que se sabe acerca de las sociedades paleolíticas.

—Hemos interrogado al Niey capturado, antes de borrarle la memoria, y creo haber llegado a una conclusión al respecto. Este extraño grado de concentración y jerarquización es simplemente una situación coyuntural, producida por un "cuello de botella" en el proceso de expansión de los clanes. Hace unos años, el ritmo de la expansión en el noreste de África se hizo más lento, debido a las dificultades encontradas por algunos clanes para avanzar sobre los territorios de Oriente Medio.

—De modo que se produjo una especie de aglomeración, ¿verdad?

—Así es, capitán. Demasiada gente como para que el territorio pudiera sustentarla. La primera reacción fue la unificación de los clanes en tribus. La mayor cooperación reciprocitaria permitió superar las dificultades iniciales. Originalmente hubo más tribus en la región, pero cuando las posibilidades de subsistencia disminuyeron, se produjo una escasez relativa que los clanes interpretaron como un castigo de sus antepasados. Surgieron las hostilidades entre los grupos, y la imposición de los Niey produjo dos efectos. Por un lado, las tribus derrotadas se desarticularon, y muchos clanes se vieron forzados a avanzar con mayor firmeza sobre Asia. Por otro lado, la tribu vencedora se hizo más sólida, y el jefe de guerra que la condujo a la victoria, que ahora es un anciano de unos cuarenta años, llama-